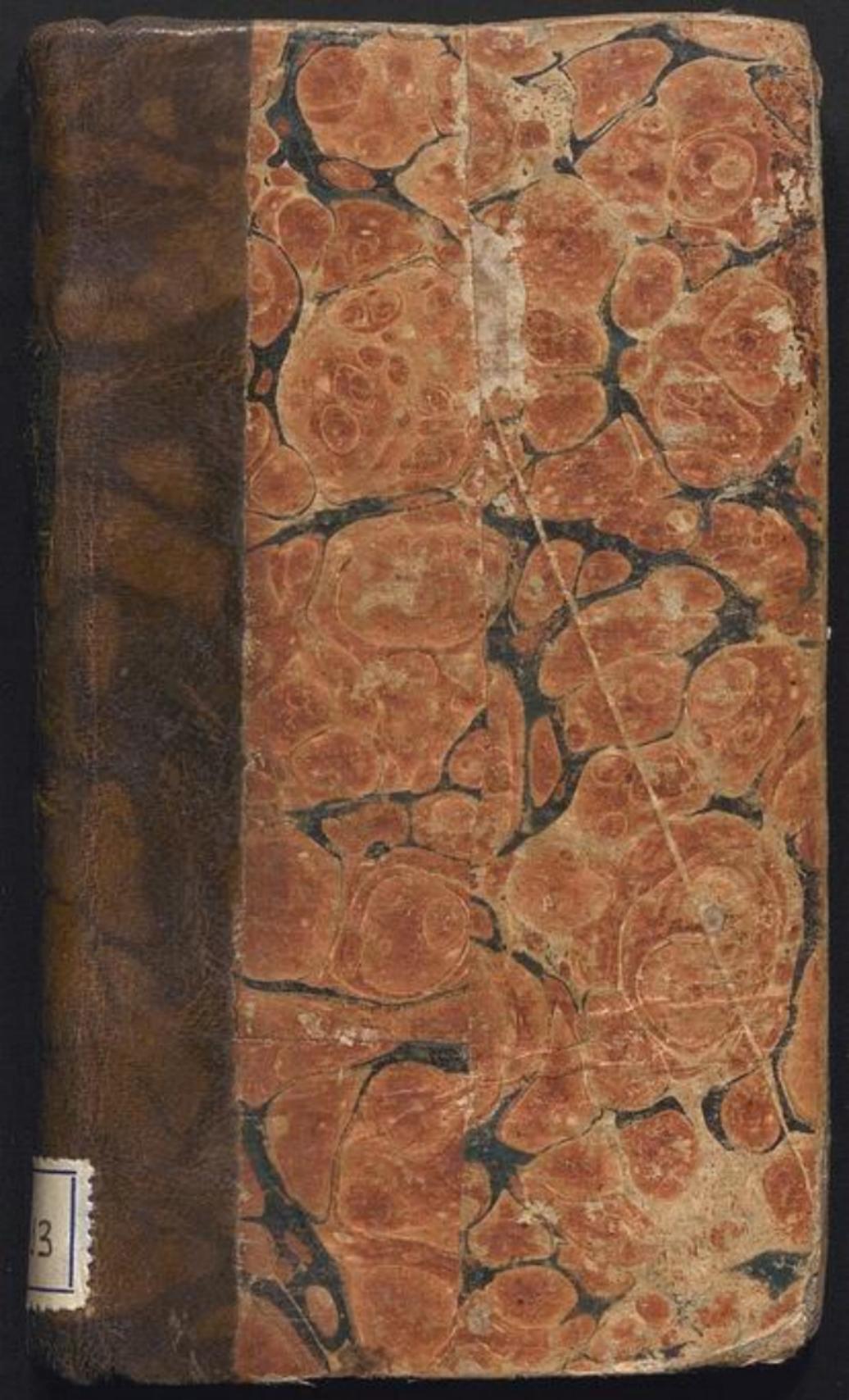


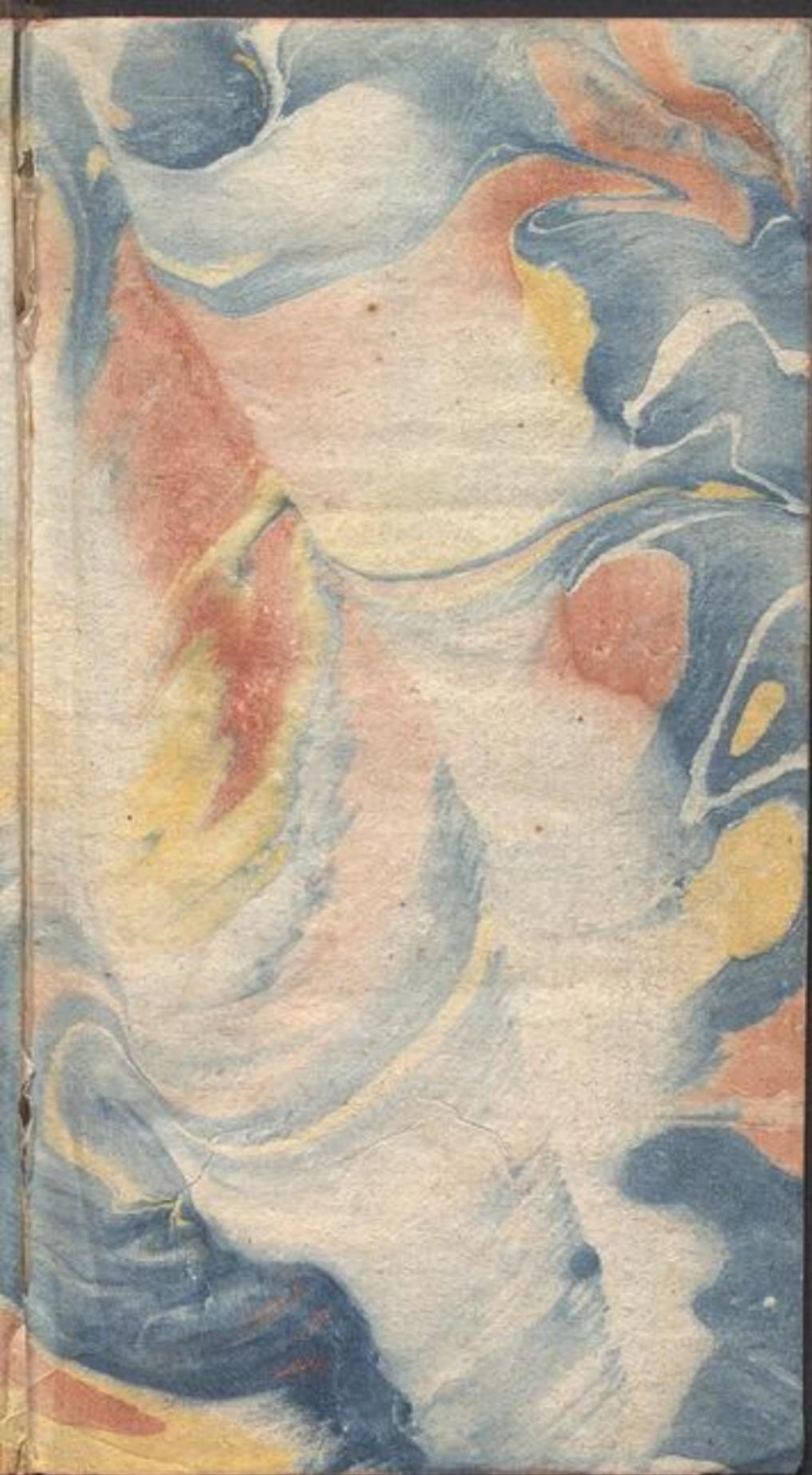
SELMIO
URS

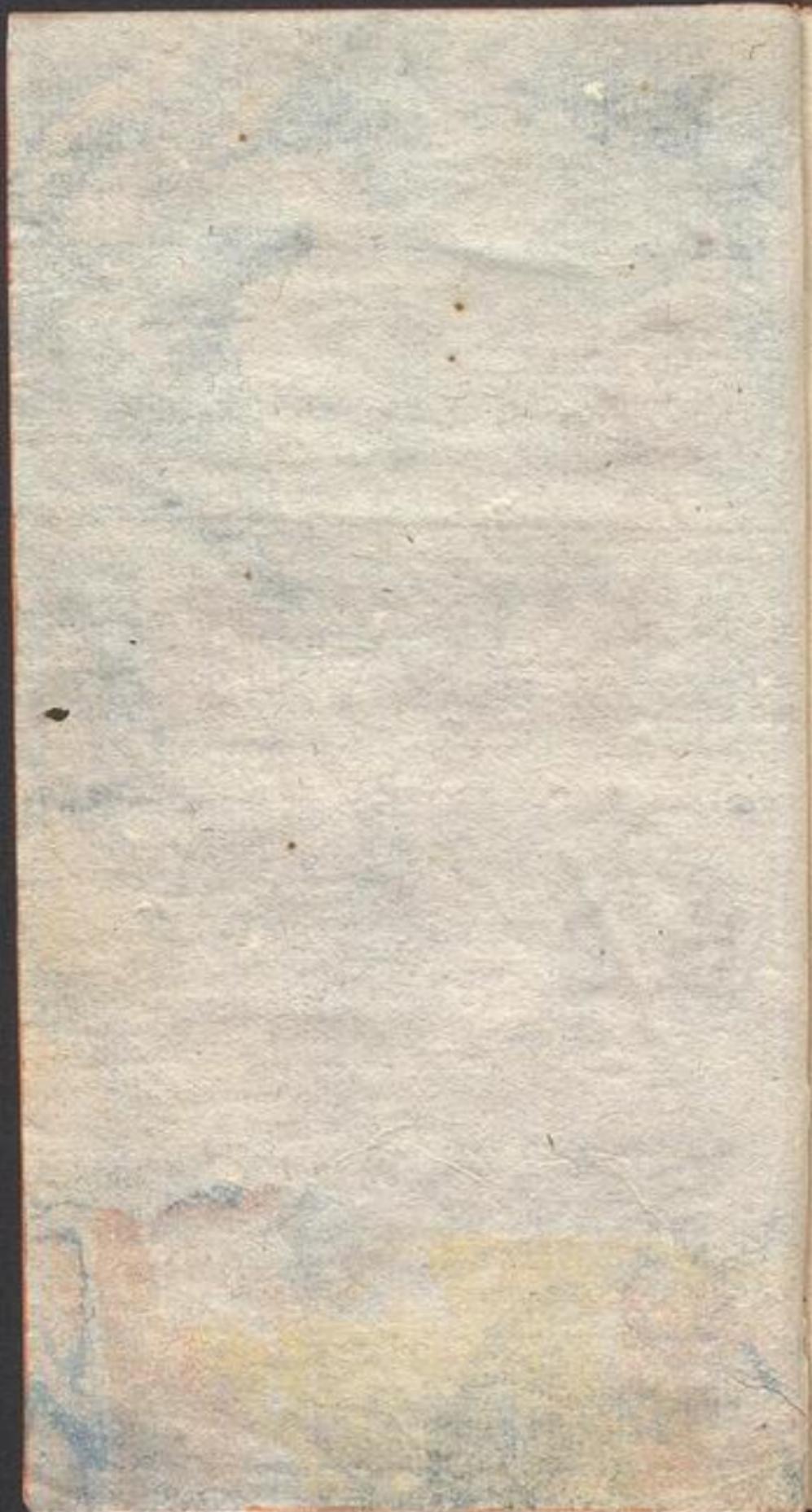
C-2.313

The image shows the front cover of an antique book. The spine, on the left, is bound in dark brown leather. The main cover area is decorated with marbled paper featuring a pattern of irregular, rounded shapes in shades of orange, tan, and brown, separated by dark, branching veins. The marbling has a cellular or 'stone' pattern. The book shows signs of age, with some wear and discoloration, particularly along the edges and in the center of the cover. A small, white, rectangular label with a scalloped edge is affixed to the spine near the bottom, containing the number '3'.

3





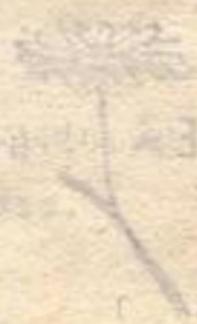


1873

NOVELAS

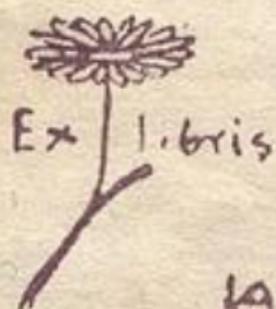
RUB

NOVELAS



A

Historia de la...



19
Namas Thomas

R. 60569

C-2313

NOVELAS

POR

M. DE FLORIAN.



MATARÓ: POR SILVERIO LLEYXÁ.

AÑO 1812.

1850

ROWE

1850

DEPT. OF THE INTERIOR



RECEIVED

DEPT. OF THE INTERIOR

1850

*SELMOURS.**NOVELA INGLESA.*

La nacion Inglesa es una bella , y respetable nacion. El desmedido peso, que ha hecho siempre en la balanza de la Europa, su brillantéz, tanto en la política, como en la guerra, y los descubrimientos, que ha hecho en las ciencias, asegurarían suficientemente su gloria, aunque no añadiese á todo esto la venta-

ja, aun mas preciosa, de haber sido el primer pueblo moderno, que ha poseído los dos bienes mas necesarios á la felicidad de los hombres, filósofos, y leyes. Los Ingleses no han abusado de esta ventaja, en medio de ser tan fácil el abuso; han tenido la extremada prudencia de no querer llegar de un golpe á la perfeccion, la qual nunca puede dexar de ser el fruto de la experiencia. Han opinado, que la razon, la virtud misma, y aun la felicidad, no son sin duda otra cosa, que la medida; y para conservar
el

el mayor beneficio de que puede gozar el hombre, es à saber la libertad, han confundido este gran nombre, mezclando su alta idéa, con la de obediencia à la ley, respeto à las autoridades establecidas por ella, y religioso temor de traspasarla. De aqui nació inmédiatamente el espíritu público indestructible apoyo, y principio engendrador de la libertad. Por él unicamente los habitantes de dos Islas, mucho menores que la Francia, se han visto varias veces los arbitros, ó terror de los soberanos, los me-
 dia-

aliadores de la Europa; por él sus flotas, señoras del oceano, han ido à las dos indias à esparcir el terror, y à buscar los tesoros; por él su país feliz, libre de la invasion de los extrangeros, y de las guerras intestinas, goza de la paz, de las bellas artes, posee las riquezas del universo, y vé arribar à sus puertos las riquezas de todo el mundo.

Estos son sin duda los motivos en que se funda el buen concepto que tienen de sí mismos, y la estima de su nacion, las mas veces demasia-

siado exclusiva, que criticamos en los Ingleses. Ellos saben muy bien quanto valen, y no pretenden ocultarlo. Se desdennan de poner su atencion en el mérito, y qualidades características de cada nacion; y esta incuria da à sus virtudes un aire de orgullo, que tisminuye su atractivo; en fin hacen muy poco caso de la aprobacion, y voto de los demas; y verdaderamente el medio para hacerse amable es apreciar mucho este voto.

Yo he conocido sin embargo un Inglés, que por huir de
de

de este defecto habia caído en el vicio contrario; no solo apreciaba en gran manera el concepto, y estimacion de los demas, sino que esta estimacion habia llegado à hacerse una de las principales necesidades de su corazon. No le bastaba obrar bien; era preciso que se aprobaran sus acciones; su fin, su deseo, y su regla, se dirigian à que estas no mereciesen la censura de nadie. Quería mas; aspiraba à ser aplaudido; pretendia finalmente agradar à todo el mundo, y esta pretension hacía su felicidad de-
pen-

pendiente de todos los hombres.

Este jóven, último vástago de una familia ilustre del condado de Middlesex, habia nacido casi sin bienes; pero la naturaleza procuró recompensarle de esta desgracia. A la ventaja de una buena figura, unía la de una alma sublime, un espíritu amable, y un carácter extremadamente dulce. La mas severa virtud añadía nuevo lustre à estas prendas. De edad de diez y ocho años habia perdido à sus padres. Educado cuidadosamente

te por un primo muy rico que se impuso la obligacion de socorrer à este huérfano, Sir Edovard Selmours concluyó sus estudios con un lucimiento distinguido, y à favor de los créditos de su bienhechor logró colocarse en un regimiento de caballería.

Desde que entró en el mundo, reflexionando, que no tenia bienes, ni familia, y que no le restaba mas apoyo, que el de su bienhechor, el qual no debia perdonarle dos yerros, Selmours se propuso no cometer ninguno, y en efecto

to cumplió su propósito. A pesar de la extrema juventud, y de los peligrosos ejemplos que le rodeaban à cada instante, nunca el mas ligero delito pudo extraviarle de sus deberes. Ocupado solamente en su obligacion, y en los estudios necesarios para desempeñarla bien, llegó muy en breve à ocupar los primeros empleos, sin mas protectores, que sus trabajos, su valor, y sus talentos; y lejos de engreirse con los elogios, que sus mismos rivales no le podian rehusar, les decia sonriendose: *yo no debo mis cortos adelanta-*
ta-

tamientos, sino à la incapacidad en que me vi de pagar mi primer yerro.

El único defecto de Sel-
mours era la debilidad de que
he hablado; la qual consistia
en apreciar tan sobremanera
el voto de los demas, flaqueza
disimulable ciertamente, pues
era el origen de muchas vir-
tudes. Pero ya fuese modestia,
ya orgullo, lo cierto es,
que nunca quedaba satisfecho
con el testimonio de su con-
ciencia solamente. Una calum-
nia, una simple sospecha, que
se hubiese formado de su pro-
vi-

vidad, y costumbres, le hu-
 biera hecho el mas infelíz de
 los hombres; y como à pe-
 sar de la envidia que ocasio-
 naba, nadie se atrevía á he-
 rirle aun levemente en su re-
 putacion, viendose tan respe-
 tado, como merecia, Selmours
 habia llegado à persuadirse,
 à que la verdadera virtud rey-
 na sobre la fama, y à que
 el público, aunque muchas
 veces severo, nunca dexa de
 ser justo: à que tiene un ver-
 dadero mérito aquel, à quien
 él estima siempre, y à que
 merece ser despreciado el que
 castiga con su desprecio.

Sel-

Selmours, durante los inviernos, que venia á pasar à Londres, huía del mundo, y de los placeres ardientes, para no vivir sino con su bienhechor, con algunos amigos, y en compañía de una viuda jóven llamada Mistriss Eliza Hartlay, à quien habia tenido la fortuna de hacer un leve servicio. Esta viuda, que por su belleza, espíritu, y otras mil qualidades amables, era el objeto de muchas adoraciones, habia distinguido siempre à Selmours, reconociendo en él las virtudes, que convenian à su corazon. Alegrá-

grábase de verle, y cada dia le iba mostrando una amistad mas segura, hechando de ver sin susto alguno la tierna, y profunda impresion, que de largo tiempo à esta parte habia hecho ya en el timido Selmours. Este procuraba con sumo cuidado ocultar sus sentimientos; adoraba à Mistriss Hartlay, tenia derecho para lisonjearse de que era amado: pero Mistriss Hartlay poseía tres mil libras esterlinas de renta, ¿ que hubiera sido del pobre Selmours, si el público hubiera murmurado, que pretendía una viuda rica, y
que

que en su pasion no dexaban de tener bastante parte estas riquezas?

Mistriss Hartlay seguía à la sazón un pleyto, del qual en gran parte dependia su fortuna. Selmours esperaba la sentencia: con el fin de huir de esta muger para siempre, si la ganaba, ó de manifestarla su amor, si la perdia. Por dicha se perdió el pleyto: Selmours no dudó ya de hablarla; descubrióla el secreto de su corazon, dixo à Mistriss lo que ella sabía ya muy bien: y la amable viuda, no pu-

pudiendo mostrarse insensible à tanta delicadeza, le pagó con una dulce respuesta, su silencio y su consentimiento.

Los dos amantes mutuamente asegurados de su fé, consolándose de la medianía de sus bienes con aquella felicidad pura, que nace de la participacion del amor, no pensaban ya en otra cosa, que en fixar el dia de su hime-neo. Como ámbos eran libres, no podian hallar el menor obstaculo. Selmours queria tan solo dar parte à su primo Monsieur Mekelfort, a-

B quel

quel bienhechor antiguo, con
 quien vivia en Londres, y de
 quien sin verse incomodado
 nunca, habia experimentado
 en todos tiempos una bondad
 paternal. Mistriss Hartlay no
 dependia de nadie; pero la
 amistad, la diferencia, y la
 especie de respeto, que siem-
 pre habia conservado à un
 viejo, llamado M. Pikle, her-
 mano mayor de su primer ma-
 rido, la hacía mirar, como
 una obligacion, el consultar-
 le sobre su mudanza de es-
 tado.

Este M. Pikle era un hom-
 bre

bre bastante singular. Su caracter era cabalmente él opuesto al de Selmours. Quanto el jóven respetaba, y temía la opinion de los demas, tanto el viejo M. Pikle despreciaba qualquiera opinion, que no fuese la suya. Aquello que él una vez habia pensado, ó dicho, era una verdad demostrada, un principio, una ley inviolable, à la qual no podia comprehender, como no se sometiesen los demas hombres. Si por casualidad hubiera sido Rey de Inglaterra, se hubiera creído de buena fe Rey de Francia, unicamente por

haberse abrogado este título en su primer edicto. Confesaba sin la menor inquietud, que en el discurso de su vida, jamás se había engañado, jamás había mudado de parecer en cosa ninguna. En setenta años que llevaba ya de vida, siempre había tenido razon. Era por otra parte un hombre severo en quanto al honor, incorruptible, irreprehensible, buen padre, fiel amigo, pero disputador eterno. Su mejor modo de probar lo que decia, era hablar siempre, y como tenia un pulmon excelente, infatigable, y al cabo aque-

aquellos, à quienes queria persuadir, cansandose, ó de tener que guardar silencio, ó de oirle hablar, se retiraban sin decirle palabra, M. Pikle no dudaba de haberles convencido, lisonjeandose de ser el mejor Dialectico de la Europa. Habia sido casado en su juventud, y se conduxo con su muger, como pudiera el esposo mas honesto, pero absolutamente se empeñó en hacerla conocer su dialectica; y la pobre Mistriss Pikle, à puro escuchar à su marido, habia muerto sorda. No dexó mas que un hijo, que à la
sa-

sazon seguía los estudios en la Universidad de Oxford. Su padre no queria que volviese à Londres hasta la edad de treinta y un años, y aun entonces se proponia hacerle comenzar un nuevo curso de lógica. Entretanto disputaba incessantemente, sin visitar en Londres à otra persona, que à su hermana política, la qual, haciendo justicia à las excelentes prendas de M. Pikle, no contradiciendole nunca, y consultandole muchas veces, pasaba en su juicio por la muger mas racional de la Inglaterra.

Mis-

Mistriss Hartlay le habló de sus sentimientos respecto de Selmours, y del designio que habia formado de unirse à él con lazos eternos. M. Pikle aprobó el casamiento. *Hace mucho tiempo, dixo él, que estimo, y amo, á Selmours. Es un hombre de mucho mérito, y honor, y aunque, por el demasiado anelo de agradar, no tiene carácter, y le falta para poseer la prenda, que en el mundo se llama amabilidad, aquella profunda indiferencia, y noble desprecio, que distingue á los hombres fuertes. Pero con poco tiempo de*

que vivamos juntos, yo espero que adquirirá estas qualidades. Tiene principios que es lo mas esencial; y si atiende á mis consejos, me atrevo á aseguráros, que llegará á punto de no echar menos el voto de todo el mundo.

Sonrióse la jóven viuda, y trataron de concertar el casamiento. Selmours que se veía ya en el colmo de sus deseos, escribió inmediatamente à M. Mekelfort, el qual habia ya seis semanas, que se hallaba en una casa de campo, à sesenta millas de Londres.

dres. El dia siguiente, à el en que despachó la carta, vino un correo con la inesperada noticia de la muerte de M. Mekelfort. Un insulto apopletico acababa de echarle en tierra en el espacio solo de dos dias. A toda prisa se abrió el testamento del difunto; y los ansiosos colaterales pensaron morir de pesadumbre, al leer que M. Mekelfort hacía legatario universal à su primo Selmours.

Al testamento estaba adjunta una carta cerrada con muchos sellos, cuyo sobrescri-

fo prescribía, que no se entregase à otra persona que à Selmours. Esta carta fué remitida al punto à Selmours con la copia de las disposiciones del testador. Todos los parientes se retiraron muy mas tristes, que habian ido, y los domésticos de M. Mekelfort fueron solamente los testigos de su funeral.

Selmours, tan angustiado, como sorprendido, derramó unas lágrimas sencillas à la memoria de su bienhechor. Le debia todo lo que era, le amaba tiernamente, y la opulen-

lencia de que iba à gozar, no le consolaba de su pérdida. Asustado con el misterio, que parecía encerrar esta carta tan sellada, no quiso abrirla, sino en presencia de Miss Hartlay, y de M. Pikle. Corrió inmediatamente à encerrarse con ellos; no sin lágrimas les comunicó la noticia, y sin hablar casi de las riquezas, que iba à poseer, se anticipó à exígirles el secreto de lo que podía contener la carta de su primo; y hecho esto, rompió el nema para empezarla à leer. La carta estaba concebida en estos términos.

MI QUERIDO SELMOURS.

« Yo no te recordaré ahora lo que he hecho por tí desde tu infancia; tu caridad me ha pagado suficientemente. Me has honrado, amigo mio, dandome el derecho de mirarte como à hijo, y à mi me toca darte las gracias por haber querido unirme de algun modo à tus virtudes.

« Te dexo todos mis bienes. El tiempo que te conozco, es el que hace, que te los tengo destinados. Per-

« *sonalmente* para tí solo. Ellos
 « ascenderán à unas diez mil
 « libras esterlinas de renta an-
 « nual. He tomado todas las
 « precauciones necesarias, pa-
 « ra que nadie te las pueda
 « disputar. Como no debo mi
 « fortuna sino à mis trabajos,
 « pienso que me es lícito dis-
 « poner de ella à mi arbitrio.
 « Sí tu extremada delicadeza
 « te obligáre à renunciar mi
 « herencia en mi familia, ó
 « en qualquiera persona de
 « este mundo, te preven-
 « go, y declaro, que contra-
 « dirás manifiestamente à mis
 « deseos, y à mi voluntad.

« Yo

» Yo soy padre de una
» hija de diez y ocho años,
» à la qual he procurado edu-
» car con esmero. Ha mereci-
» do mi ternura; es bella, jui-
» ciosa, amable, y estoy se-
» guro de que hará feliz à su
» esposo. Su madre, à quien
» yo amé largo tiempo, me
» ha hecho experimentar lo
» que yo juzgaba imposible,
» un amor extremado sin esti-
» macion ninguna de el objeto
» de este amor. Dios te pre-
» serve, mi querido Selmours,
» de estas pasiones fatales: a-
» tormentan muchas veces, y
» siempre humillan; los me-
» jo-

22 jores momentos son aquellos,
 22 en que se siente el rubor,
 22 que causan. Ciertos obstácu-
 22 los insuperables, nacidos en
 22 parte del carácter arreбата-
 22 do de esta madre, fueron
 22 causa de que yo no la to-
 22 mase por muger. Su nom-
 22 bre es Mistriss Forvard. Su
 22 hija Fanny pasa por su so-
 22 brina, y vive con ella jun-
 22 to à Oxfort, en la peque-
 22 ña tierra de Oven, el úni-
 22 co de mis innumerables be-
 22 neficios; que Forvard no ha
 22 disipado locamente.

22 Yo te suplico, como à
 22 mi

„ mi amigo, como à mi hijo
 „ adoptivo, repares los agra-
 „ vios, que he hecho à mi
 „ hija, que la des estado, y
 „ un nombre, que yo no la
 „ he podido dar, elevandola
 „ à la clase de tu esposa. Yo
 „ te repito, mi querido Sel-
 „ mours, que esta súplica no
 „ es una órden, sobre todo
 „ que no es una condicion,
 „ que no tiene relacion nin-
 „ guna con los bienes que te
 „ dexo: que es solamente una
 „ gracia, que yo solicito de
 „ mi amigo, y de mi hijo,
 „ un favor que espero de su
 „ piedad. Esta esperanza, que
 „ lle-

„ llevo hasta el sepulcro dul-
 „ cifica mis últimos momentos,
 „ haciendome mas viva , y mas
 „ dulce , si es posible , la ter-
 „ nura , con que siempre te
 „ ha amado tu primo , y buen
 „ amigo.

JORJE MEKELFORT.

Selmours , despues de ha-
 ber leído esta carta , suspen-
 so , é inmobile , fixó su vista
 llena de dolor en Mistriss
 Hartlay , la qual baxó la su-
 ya , sin proferir una palabra , M.
 Pikle consideraba atentamente
 à Selmours. Todos tres guar-
 da-

daban un profundo silencio, el qual rompió al cabo M. Pickle, diciendo al jóven. = Y bien ¿Qué pensais hacer? yo temo que habeis de balancear mucho para tomar partido en esta ocasion. = No por cierto, respondió Selmours, yo estoy affligido, pero no dudoso. Qualesquiera que fuesen los derechos de mi bienhechor, antes de haberme dado sus bienes, él no tenia seguramente el de disponer de mi corazon, el obligarme à faltar à mis juramentos, el de hacerme infelíz para siempre. Nadie puede dudar de esta verdad. Pues
bien

bien, yo voy à ponerme precisamente en el mismo estado, en que me hallaba antes de su muerte. Yo voy à renunciar su herencia; quiero volver à mi pobreza, y à mi libertad; y sin embargo creeré, que es un sacrificio muy ligero, si ha de ser paga de la dicha, que adquiriré siendo esposo de la única muger que puedo amar.

Una mirada de Mistriss Hartlay fué solamente su respuesta. Pero M. Pickle, arrugando la frente, exclamó: ¿Qué es lo que decís? ¿No habeis aten-

atendido à la carta, que acabais de leer? Ella os prohíbe en términos formales reusar esta herencia, explicando los motivos de semejante prohibicion. ¿Osaréis despreciar de ese modo las intenciones de una persona, à quien debeis tantos beneficios? M. Mekelfort ha contado con vos para casar á su hija, os ha hecho su heredero, no baxo de esta condicion, porque no puedo menos de distinguir, y confieso que si el caso fuera este unicamente, tendriais una perfecta libertad para admitirla, ó reusarla; pero la difi-

ficultad está, en que él ha comenzado à desenvolver su intencion, entregandoos todos sus bienes, y prohibiendo, que los reuséis; luego os suplica una gracia, que en fuerza del reconocimiento y el honor, podeis negarle tanto menos, quanto no hay cosa en el mundo, que os pueda constreñir en esta parte; ha querido pues dispensaros de la obligacion, que impone una ley para prescribiros una obligacion mas fuerte, que todas las leyes, es à saber la de vuestra conciencia.... = Pero mi conciencia está ya empeñada-

ñada, respondió Selmours, y nada puede.....

Señor, no me interrumpais, continuó diciendo M. Pickle con voz mas vigorosa, y respondedme à esta pregunta, que vendrá à ser un dilemma; si vuestro bienhechor viviera todavía, y fuerais à declararle, que no podiais aceptar la mano de su hija, es al menos muy dudoso que M. Mekelfort no mudase de disposiciones, tratando de dexar su herencia à quien cumpliera sus deseos. Ahora que es ya difunto, ¿cómo quereis que
las

las mude? Es pues cierto, que no teneis derecho para elegir. Es preciso que obedezcais su voluntad, y súplicas, las quales son unas verdaderas órdenes; y que os acordéis, señor, de que la probidad, y el deber saben hacer poco caso de las penas del amor.

Puede ser, respondió Selmours, un poco alterado, pero yo juzgaba que la amistad no debia despreciarlas, y que pudiera explicarse con menos aspereza. Oh! Señor, respondió M. Pikle, la hon-
ra-

radez, la verdad, jamas tuvieron estilo mas florido, y los que en este asunto habláren, ó pensáren, de otro modo, que yo, son unos fátuos, ó unos bribones. *Pero me permitiréis, que á pesar de lo que respeto vuestros talentos, y vuestra moral, pues hay en el mundo otros hombres igualmente virtuosos, é instruidos, que vos, vaya, señor, á consultarlos, que en caso de que fueren de vuestro mismo dictámen, la muerte me libraré del dolor de seguirle.*

Diciendo estas palabras,
sa-

salió con aspereza, sin escuchar à M. Pikle, que le contextaba à gritos, diciendo. Aunque os deis la muerte, eso no probará nada. A veces es mucho mas fácil sufrir la muerte, que una obligacion; y como yo lo he probado cien veces. . . Selmours estaba ya en la calle, y M. Pikle con sus gritos le seguía à lo léjos citando los oficios de Ciceron.

Selmours, cuyo tormento no le dexaba obrar con discrecion, fué à consultar á sus amigos, encargándoles el secreto.

to. Cada uno fué de diferente parecer. Unos querian que dividiese la hacienda, à partes iguales, entre los parientes del difunto, reservando una para sí, y que se casase con su querida; otros que pusiese toda la hacienda en manos de la hija de M. Mekelfort. Un pequeño número de rigoristas seguía la opinion de M. Pikle. Muchas gentes de mundo sostenian, que por la primera obligacion que habia contraído con Mistriss Hartlay quedaba libre de la que su primo le imponía; y le aconsejaban que se casase con la que amaba,
re-

reteniendo toda la hacienda, que habia heredado. Todos finalmente miraban este asunto baxo diferente aspecto; y el pobre Selmours, que en todo el discurso de su vida nada habia apetecido con tanta ansia, como el no ser censurado de nadie, empezó á desconfiar de poderlo conseguir en esta ocasion. Mas agitado, mas infelíz, que nunca, se apresuró á bolver á casa de Mistris Hartlay, para preguntarla que debia hacer, resuelto á sacrificar á su opinion todas las que habia recogido. Hallola sin compañía, y ha-

ñada en lágrimas. Selmours arrodillado ante ella, pone al cielo por testigo, de que ninguna cosa en este mundo será capaz de obligarle á faltar á la fé jurada, y concluyó, suplicándola, quisiese reglar su conducta, en el supuesto, de que haría qualquier cosa á excepcion de casarse con Fanny. La tierna viuda no se movió á las primeras instancias. Conocía quan interesada era en el partido que debia tomar Selmours, para creerse con derecho á dar su parecer. Pero finalmente cediendo las delicadezas de

de los inconvenientes á las delicadezas del amor, se resolvió á exâminar este punto, como si no la tocára, y despues de recoger, y comparar las diferentes opiniones, habló de esta manera.

En la mas estrecha moral yo no os creo obligado à hacer por vuestro bienhechor difunto, lo que nunca hubierais hecho en vida suya. ¿Qual era su intencion? Tenía dos en mi juício; la una de las cuales era dexar sus bienes à los dos seres, que amaba mas en este mundo,
su

su hija, y vos, à quien miraba tambien como à hijo; vos, à quien asegura haber destinado sus bienes desde que os conoció; la otra era casar à su hija con un hombre de estimacion: que la amase, la hiciese feliz, la diese estado, y la conservase una hacienda, que M. Mekelfort no quiso confiar à la madre de Fanny, porque temía, como lo da à entender claramente, que la disipase en sus locuras. Haciendo todo lo que proyectaba M. Mekelfort no faltais à las obligaciones que debeis à su memoria. Partid con su hija,

ja, como pudiera hacerlo un hermano con su hermana. De este modo cumplís con el primer deber. Buscadla despues un esposo, que tenga sobre poco mas ó menos todas las qualidades, que amaba en vos vuestro primo; yo, con mayor razon que nadie, debo creer, que le hallaréis con dificultad; pero Fanny, que no os conoce, verá este asunto con otros ojos que yo. Hasta este punto retened en vuestro poder el dote, que habeis de dar à Fanny, administrandole como un tutor prudente, que debe dar cuenta del à su pupila.

Juz-

Juzgo, que si vuestro primo viviera, no se conduciría de otro modo, y nadie os puede exígir que hagais mas por Fanny, que lo que su mismo padre hubiera hecho.

Un buen razonamiento en boca de la que se ama persuade al doble. Selmours, convencido de lo que acababa de oír, impaciente por seguir un consejo, que le parecia conciliar todas las dificultades, partió al dia siguiente à participar à Mistriss Forvard sus generosos designios. Madre é hija, iba diciendo entre sí
por

por el camino, van á verse en el colmo de la felicidad. Seguramente que aún no habrán esperado el inmenso presente que las voy á hacer. Asegurarémos á Mistriss Forvard una buena pension vitalicia. A la interesante Fanny con cinco mil libras esterlinas de renta, no la faltará seguramente un esposo, y yo la dexaré en una completa libertad para la eleccion. Hago á dos felices, lo soy yo tambien, y nadie creo que podrá desaprobarme mi conducta, al ver que todos los interesados me respetan y bendicen. ¡O mi

E ca-

cara Eliza! tu prudencia, y tu estremada razon me han sacado del horrible peligro en que me veía. ¡Quan dulce es para tu amante no gozar dicha alguna que no te deba á tí solamente!

Selmours llegó bien pronto á la tierra de Mistriss Forvard. El castillo no presentaba unas apariencias muy magníficas; los edificios contiguos estaban medio arruinados. Un criado muy mal vestido salió á la puerta á preguntarle quien era, y que quería. Selmours medio tur-
ba-

bado le suplicó dixese á su señora, como estaba allí el primo de M. Mekelfort, cuya muerte repentina habría ya sabido sin duda. El criado le contextó que en efecto Mistriss estaba ya informada de este suceso, y le introduxo en una sala baxa, en donde una hermosa jóven estaba leyendo con mucha atencion un papel; al entrar Selmours interrumpió su lectura, ocultandole en el seno. Selmours la hizo una reverencia muy profunda. La jóven le pagó el saludo con alguna turbacion, y mucha gracia; rogó-

le tomase asiento, y despues se salió con el pretexto de ir á buscar á su tia. Selmours, aunque al oír pronunciar este nombre, no dudó que la jóven fuese Fanny, no se atrevió sin embargo á detenerla: y Mistriss Forvard compareció bien pronto, sin venir acompañada de su sobrina.

La primera vista de Mistriss Forvard redobló la natural timidéz de Selmours, y le hizo olvidar la arenga que llevaba prevenida. Forvard era una muger alta, de quarenta

á quarenta y cinco años, sobre cuyo semblante se dexaban ver todavía las reliquias de una hermosura, que mostraban haber sido perfecta; se conocía sin embargo, que nunca habria tenido mucha gracia. Sus grandes ojos negros, vivos, y brillantes, expresaban una especie de atrevimiento, que hacía imposible el fixarlos; su postura, ademanes, y voz, todo inspiraba un temor, que en nada se acercaba al respeto.

Despues de haber recibido á Selmours con un cumplimiento

plimiento bastante frio, se puso á escuchar en profundo silencio lo que él tenia que decirle. Selmours, un poco desconcertado, la explicó, lo mejor que pudo, que habiendo sido nombrado por M. Mekelford su legatario universal, y conociendo quanto su bienhechor se interesaba por Fanny, creía cumplir con una obligacion sagrada, viniendo á hacer saber á Mistriss Forvard, como pensaba partir con su sobrina la herencia del comun amigo; añadió, que no exígia reconocimiento alguno por la paga de esta
deu-

deuda, pero que el estado de sus haciendas no le permitia librar el fondo de esta mitad antes de la época en que su sobrina tomase un esposo digno de ella, para cuya eleccion suplicaba le hiciese el honor de consultarle.

Despues de concluir no sin trabajo esta dificil explicacion, despues de haberse ruborizado quantas veces tuvo que pronunciar los nombres de tia, y sobrina, mientras por el contrario á Mistriss Forvard no la causaban vergüenza alguna, Selmours dexó de hablar pas-
man-

mandose del poco efecto, que sus razones habian producido. Mistriss tomó entónces la palabra.

Yo no comprehendo, le dixo, con una gravedad desdenosa, como vos, señor, que habeis recibido de parte de M. Mekelfort pruebas tan positivas de su confianza, y ternura, podeis ignorar el proyecto que le ocupó toda su vida, y del que me habló cien veces. Vos soys para quien él destinaba mi sobrina, vos solo, á quien eligió para esposo de Fanny. El último dia
que

que le ví me expuso muy por menor las ventajas, que pensaba ofrecer, solo en virtud de este matrimonio. Sufrid pues que antes de responder á vuestra propuesta, os pregunte, señor, á vos, cuya sencillez no puede ser sospechosa, si no sabiais ya las intenciones de vuestro bienhechor?

Al decir esto, miró fixamente á Selmours, quien no pudiendo menos de sonroarse un poco, baxó la vista, y sacando de su faltriquera la copia del testamento, se la presentó con una mano trémula.

mula para asegurarla de que no se la habia prescrito condicion alguna. La aversion que tenía á mentir no le permitió dar una respuesta mas clara. Pero la hábil Mistriss Forvard supo interpretar su vergüenza, y volviendole el papel despues de haber pasado por él la vista muy ligeramente, yo veo, le dixo con frialdad, que mi sobrina no tiene derecho alguno, ni á vuestros bienes, ni á vuestra mano; pero en tal caso por ningun título le teneis vos tampoco para humillarnos con un presente. Yo le
re-

rehuso en nombre de mi sobrina, bien segura de que aprobará mi conducta; ella no puede, ni debe recibir otros beneficios que los de su esposo; si quereis serlo, tal vez vuestra conciencia se aquietará un poco mas; sino quereis, es bien escusado que nuestra conferencia dure mas tiempo.

Aterrado Selmours con estas razones, no halló nada, que responderla. Mistriss Forvard se levantó le hizo una reverencia, y le dexó solo en la sala.

Selmours no vió por el pron-

pronto mejor partido, que el de ir á reflexïonar á otra parte sobre el extraordinario modo con que se recibian sus proposiciones. Volvió á tomar el coche, y se hizo conducir á Oxford, que no distaba dos millas de esta casa. Apenas llegó á la posada, su primer pensamiento fué el de escribir á Mistriss Forvard, pidiendola reflexïonase que no conociendo á su sobrina, no podia amar, ni ser amado; que era muy dificultoso que uno de los dos no hubiese elegido ya, y que un supuesto tan verosimil, como este

bas-

bastaba para hacer infelíz la union. Representabala con mucha política, que ninguna obligacion le inducía á lo que pensaba executar; reiteraba sus ofertas, y prometia volver al dia siguiente por la tarde, para saber la última resolucion de Mistriss.

Remitida la carta, el pobre Selmours no pasó la mejor noche. Esta muger, se decía á sí mismo, sabe seguramente mi secreto. Si se obstina en rehusar mi oferta, ¿que dirán de mí? Su tierra está vecina á Oxford; aquí
se

se hablará de mi aventura; se mezclará la voz de la calumnia. Toda la juventud de Inglaterra, que viene aquí á seguir los estudios, me mirará como á un hombre sin fé, sin probidad, sin reconocimiento, y esparcirá por todas partes esta opinion. Yo me veré deshonorado, infamado en los tres reynos; no osaré comparecer entre las gentes, moriré de desesperacion: y esto solo porque una muger caprichosa se empeña en no admitirme cinco mil libras esterlinas de renta.

El día siguiente se le pasó en las mismas reflexiones. Selmours esperó hasta la tarde, como habia dicho en su carta, prometiendose que mientras mas tiempo diese á Miss Forvard para pensarlo, mas iría deponiendo su primera resolucion. Así que el Sol se puso, entró en el coche, y no queriendo llegar con tanto ruido, como la vez pasada, hizo parar los caballos al fin del camino; baxandose allí del coche, se fué solo á pie hácia el castillo, meditando un nuevo discurso.

Al pasar junto á un bosque, que estaba contigüo á la casa, Selmours oyó cantar, distinguiendo la voz de una muger. Los acentos de esta voz eran tan dulces, tan lastimosos, expresaban tan bien la ternura, y desgracia de la cantora, que Selmours no pudo menos de escuchar hasta el fin este romance tan sabido.

Quando el redil ocupan los ganados,

Y en dulce sueño yacen los mortales,

Yo lamento mis males,

Mis deseos lamento malogrados,
Bus-

Busco en vano el reposo,
 Y duermo junto á mí, mi vie-
 jo esposo.

James me amaba con pasion
 sincera,

Y obtuvo en paga de su amor
 constante

Mi corazon amante,

Mas James era pobre en gran
 manera,

Y embarcado creía,

Que á tanto amor los bienes
 juntaría.

La vaca nos robaron de allí
 á un año,

De quien casi el sustento de-
 pendía, F Mi

*Mi padre vino un dia
 Con el brazo partido, por mas
 daño*

*Mi madre estaba enferma y
 angustiada,*

Yo me vi de Robin galanteada.

*En mi misero albergue aun
 pan no habia*

*Robin Gray por su intento,
 Daba á mis tristes padres el
 sustento,*

*Y llorando mil veces me decia,
 Juana, sino te obligo,*

Por ellos solo casate conmigo.

*Por James, le respondo, Juana
 existe,*

Mas

*Mas su nave en el mar ha
perecido,*

Y yo hasta aqui he vivido,

*Vivo para decir ¡ay de mí
triste!*

Que de tan dura suerte

*No he podido librarme con la
muerte.*

*A mi padre en casarme vi
empeñado,*

*Mi madre sin hablarme me
lo ordena,*

Del naufrago la pena,

Dexó mi corazon anonadado,

Mi mano desampara,

*Y de Robin mi padre la de-
clara.*

*De allí á un mes solo, estân-
do yo á la puerta,*

*A James vuelvo á ver, creí
iludirme,*

Y él comenzó á decirme,

*Yo soy ¿que te sorprende? va
á ser cierta*

Mi dicha, pues gozoso

*Vengo, caro amor mio, á ser
tu esposo.*

*¡Que de lágrimas ambos no
vertimos!*

Luego un ay lastimoso

*Fué nuestro adios; del pecho
doloroso*

*Sacando estos acentos repeti-
mos,*

¡Tris-

¡Triste de mí! que de tan
dura suerte

No he podido librarme con la
muerte.

Desde entonces no vivo, solo
trato

De desterrar del ánimo afli-
gido

La imágen de un amante tan
querido,

Guardar quiero el recato

A una buena muger tan de-
coroso;

¡Es el viejo Robin tan buen
esposo!

Despues de esta última co-
pla,

pla, Selmours atravesando por entre los árboles se encontró de golpe con la persona, que acababa de cantar, la qual habia reconocido ya ser Fanny. Estaba sola con un pañuelo en la mano, sentada sobre la yerba al pie de un haya, cuya espesa copa hacía mucho mas sombría la obscuridad. Alterada Fanny, por verse allí con un hombre, se levantó precipitadamente, y viniendose en derecha hacia Selmours, le dixo suspirando, ¿Así me obedecéis, señor Roberto? Dos veces os he escrito esta mañana, suplicandoos

no comparecierais en estos lugares, os he dado cuenta de las impetuosas escenas, que me ha sido preciso tolerar por parte de mi tia, y de la resolucion que ha formado de casarme con el odioso heredero de M. Mekelfort. Yo os juro de nuevo, señor Roberto, que moriré antes, que faltar á la fidelidad que os he prometido, pero exíjo que os volvais inmediatamente á Oxford, y que no os presentéis aquí hasta despues del rompimiento de este fatal matrimonio, y la partida de M. Selmours, á quien á puro a-
bor-

borrecimiento, y desprecios es-
pero disgustar.

Mientras decía esto Fanny,
se iba acercando mas á Sel-
mours, el qual la escuchaba
sin interrumpirla hasta que
hallandose ya junto á él, le
mira y reconoce su engaño;
entónces, dando un grito, re-
trocede, y huye de su vista.

Selmours no pensó en ir
en su seguimiento. Mas ad-
mirado, que afligido, de esta
aventura, no sabía, si ir á
verse con Mistriss Forvard.
El temor de encontrar á Fan-
ny,

ny, de turbarla con su presencia, de ser tal vez la causa de alguna escena desagradable, y sobre todo la extrema repugnancia que sentia en ventilar el punto con Mistriss Forvard, le obligaron á volverse al instante á Oxford, desde donde escribió á la pretendida tia, que llamandole un asunto imprevisto á la capital, se excusaba humildemente por faltar á la conferencia, que él mismo habia solicitado; que por otra parte no hubiera podido hacer otra cosa, que repetir lo que habia dicho la primera vez;

G

y

y que resuelto enteramente á no mudar de designio, esperaba su respuesta en Londres. Tranquilizandose con esta diligencia, se apresuró á partir en esta misma noche, para volverse á juntar con Mistriss Hartlay.

Necesitaba en gran manera hacerlo así. Además de los pesares de la ausencia, tan crueles siempre para un amante. ¡Selmours tenia tantas cosas que confiar al amor! Con un corazon tierno y un carácter tímido, se conoce mejor la felicidad de ser amado.

do. Las almas fuertes se bastan á sí mismas, las dulces no existen separadas del objeto, que reyna sobre ellas. Cerca de él lo pueden todo, solas no son nada. Son yedra, que sin arrimo se seca, y reduce á polvo, pero que enlazandose con la encina, se eleva al par de ella verdeguante.

La amable viuda aprobó la conducta de Selmours, y le aconsejó esperase con paciencia el contexto de Mistriss Forvard. Los elogios que recibió de su amante, los tier-

nos juramentos que ésta reiteró, calmaron las inquietudes, que agitaban todavía á Selmours. Pasó todo el dia en casa de Mistriss, sin salir de allí hasta el anochecer, y entonces fué á hacer una visita á M. Pikle. Su designio era instruirle en el resultado de su viaje, y en la aventura del bosque, preguntándole si despues de esta aventura, aun persistia en la opinion que Selmours debia casarse con la amante de M. Roberto. M. Pikle no estaba en casa; Selmours resuelto á esperarle, entró en un café, que

que estaba cerca de allí; se sentó á una mesa, pidió ponch, y se puso á escuchar los diarios, que un jóven leía en alta voz.

¡Que le pasó al pobre Selmours, al oír leer en uno de estos papeles el pormenor de toda su historia! El Diarista hacia una relacion de ella muy exácta, y festiva. Hablaba del grande apuro en que se hallaba Sir Edovard Selmours, despues de haber tenido la desgracia de heredar una quantiosa hacienda; hablaba igualmente de las in-

numerables consultas que habia hecho en Londres, para saber por que medio podria salir de una situacion tan dolorosa, de su viaje á Oxford, á donde habia ido á proponer el caso de conciencia á los mas hábiles profesores de la Universidad: todo esto iba acompañado de reflexiones mas ó menos malignas y de algunas personalidades mas ó menos mordaces, eterno alimento de los necios, y de los malvados, las quales son la perfeccion de esta especie de sátira, tan fácil, como despreciable.

Selmours creyó desmayarse al oír esta lectura. Daba al rededor de sí algunas miradas timidas, y llenas de turbacion, recelando no hubiese en este café algunas personas conocidas. Feliz al menos por no haberlas encontrado, con el miedo de que entrára alguno que le llamase por su nombre, se disponia ya para salir de allí, quando vé á su criado, conduciendo á un alto y hermoso jóven, que mostraba un aire de apresuracion. El criado le indica quien es Selmours, y se retira al instante. El jóven se adelanta há-

hacia Selmours, y en una alta y espantosa voz, que se atrajo la atención de todas las personas del café, le dixo, ¿no soys vos, señor, el que os llamais Sir Edovard Selmours? A este nombre, todos los que acaban de leer el artículo de Sir Edovard Selmours, se levantan à toda prisa, le miran con curiosidad, y hacen un corrillo al rededor de su mesa. Selmours aunque desesperado de verse mirar de este modo, incapaz de ocultar su nombre, respondió al jóven, que así se llamaba; ¡Oh! pardiez, replicó el desco-

conocido, que me alegro infinito de haberos encontrado. Os he venido siguiendo desde Oxford con la mayor impaciencia. = Señor, yo no os conozco. ¿Que asunto puede mediar entre los dos? = No será largo de explicar.

Yo... = Saliendo de aqui, hablaremos mas libremente. = Nada menos que eso; llueve, y ademas yo no vengo, como veis, à hacer un misterio de este negocio; al instante quedaréis enterado. Yo hace largo tiempo que sirvo à una hermosa jóven, que vive en
las

las cercanías de Oxford. Su tia quiere casarla con uno de vuestros amigos , à quien una casualidad poco honrosa ha hecho heredero de una gran suma , à la qual ciertamente no tenia ningun derecho. Yo, señor, no tengo buena fé con los herederos; es una anti-patía, que no he podido vencer jamas, y quisiera decir el porque à la persona de quien se trata. ¿No pudierais vos proporcionarme un rato à solas con ella? = Nada es mas fácil que eso; el heredero, de quien hablais, gusta mucho de estos ratos, si quereis seguir-

guirme, al instante os veréis satisfecho. = Ahora no, porque es de noche, quando yo exámino un negocio, gusto de ver con claridad. Mañana temprano si os parece... = Quando gustáreis. = Dadme esa mano, Selmours, quedo mas contento de vos, que esperaba. = Esa reflexiön me asegura de vuestra puntualidad à la cita. = ¿ Permitted que acabe vuestro ponch? = Con mucho gusto. = A vuestra salud, señor. = A la vuestra, Selmours. Los dos se sentaron despues en un mismo banco, bebieron juntos, y concertaron en voz baxa

xa hallarse el dia siguiente en Hyde-Park, mientras toda la tertulia, que se hallaba en el café, les daba muestras de aprobacion sin cesar este aplauso, hasta que les vieron salir.

El primer cuidado de Selmours fué el de ir à asegurarse de dos camaradas, para que sirviesen de testigos. El combate debia verificarse con pistola à las seis de la mañana. Selmours, despues de haberse retirado à su casa, pensaba menos en el combate, que en los discursos, que se
ori-

originarian. Mi pendencia ha sido pública, decía. Todo el mundo sabrá que voy à reñir con un jóven de Oxford. Se dirá que soy infiel à Mistriss Hartlay, y todas las almas honradas me despreciarán hasta el extremo. ¿Qué pensará la misma Mistriss Hartlay? Si muero no merezco que me tenga lástima; si mato me veré precisado à huír, à no verla mas, à renunciar à su corazon justamente indignado contra mí. Es bien extraño, que no habiendo hecho cosa, que la moral mas austera, ni el amor mas delicado; pue-
dan

dan reprobar, me vea en términos de perder mi amante, mi vida, y la estimacion de todo el mundo. Es preciso escribir à Mistriss Hartlay ; si soy vencido , esta carta la descubrirá mi proceder : si salgo vencedor, la obligará tal vez à perdonarme.

Inmediatamente Selmours tomó la pluma , pero apenas habia comenzado à escribir, quando oye un gran ruido en la ante-sala , y reconoce la voz de M. Pikle , que disputaba por entrar. Selmours corre hácia él ; así que le ve M.
Pi-

Pikle se arroja en sus brazos con un aire de sobresalto. Oh! amigo mio, le dixo, en vuestras manos está mi vida...

Acabo de saber que mañana...

= Hablad mas paso, interrumpió Selmours, haciendole entrar en su gabinete. ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué teneis?

¿Que tengo? respondió con viveza M. Pikle: yo soy el mas infelíz de los hombres. Res-

pondedme al punto, ¿es cierto que en un café esta tarde...

= Es muy cierto. Me ha provocado un aturdido, un loco, à quien no conozco, el qual me ha venido siguiendo-

guiendo desde Oxford. Se dice amante de aquella Fanny, de aquella hija de Mistriss Forvard, con quien vos queriais me casase. Seguramente que no tengo el mas leve deseo de disputarle la dama; sé de fixo que ella le quiere; pero su provocacion y su insulto han sido públicos; esto no tiene ya remedio; y espero corregir mañana à un jóven aturdido..... = Corregirle. ¡Esto es matarle! y sabeis quien es ese jóven? = Acabo de deciros que es el amante de Mys Fanny.. = ¡Infelíz de mi! Es mi hijo; es el

so-

sobrino de Mistriss Hartlay, es el hijo único de vuestro antiguo amigo, ¡y esperais asesinarle mañana! Selmaurs, yo os estimo demasiado, para creer inútil el advertiros, que no se debe tratar ahora de un miserable pundonor, resto de la barbarie, y de la ferocidad de nuestros abuelos. Vuestro valor es bien sabido, y por tanto no se puede hacer sospechoso: vos seréis el mas despreciable de todos los hombres, si soys capaz de sacrificar à una horrible preocupacion el amor, la amistad, la naturaleza, el respeto, que

H de-

debeis à mi vejez, à el nombre de padre, à todos los sentimientos mas dulces, y sagrados, aun entre los mismos salvages.

Selmours quedó inmovil, helado de sorpresa, de espanto, y de dolor. ¿No me contestais? responde entónces el viejo con un acento mas vigoroso; ¿dudais empeñarme la palabra de que no me quitaréis este solo apoyo, que me resta? Un padre, un viejo vuestro amigo, el hermano de vuestra esposa, viene à suplicaros con las lágrimas en
los

los ojos que no cometais un atentado, que le haría baxar al sepulcro, ¿y aun estais dudoso Selmours? ¡Gran Dios! ¡Esta es la virtud! El hombre que por salvar su vida, su dama, su honor, no consentiria jamas en apoderarse de la hacienda de otro, en hacerle el mas ligero agravio, en privarle de la menor ventaja, por una preocupacion miserable, atroz, insensata, que él mismo aborrece, no escrupuliza el privar à un amigo, à un viejo, à un padre, de su hijo, de su hijo único, del bien, que mas aprecia, del

solo , que le puede dar del solo que no viniendo sino de Dios , debe ser sagrado à los ojos de los hombres ;y este hombre , este asesino , se cree piadoso , y sensible ? Este hombre pretende la estimacion.... En nombre del cielo , escuchadme Selmours ; Roberto os ha desafiado , decis os ha insultado públicamente : pues bien , yo vengo à pedir os perdon , à implorar vuestra clemencia , y si esto no bastáre à vuestro bárbaro honor , conducidme à donde querais , que yo comparezca , pidiendoos el perdon , que aqui os suplico,
abra-

abrazando vuestras rodillas, como aqui lo hago, hasta arrastrar por el suelo estas canas, que nada os mueven.

Dicho esto, el viejo se arroja à los pies de Selmours, el qual le habia escuchado hasta entónces en una profunda meditacion. Selmours se apresura à levantarlo, à estrecharle en su seno, y despues de haber recobrado el uso de la voz que le habia quitado su transporte, le dice: amigo mio, estad cierto, estad seguro, de que hago todo lo que está en mi mano empeñandoos una palabra invio-

violable de no atentar à la vida de vuestro hijo, pero por mi parte os exíjo un favor: no os mezcléis en este asunto, vuestras solicitudes, vuestras razones, vuestra conducta, no podían menos de perjudicar.

No habéis à Roberto, no le busquéis, ni le sigáis, permaneced tranquilo en vuestra casa hasta mañana; à las ocho podeis presentaros. Si yo no exísto ya, coged de mi bufete esta carta, que tengo ya empezada, y llevadsela à Mis-
triss Hartlay; por su conte-
ni-

nido, sabreis qual ha sido mi conducta. No exijais mas de mi. En todo caso yo os aseguro que vuestro hijo no va expuesto à riesgo alguno. Si dais el menor paso no os puedo responder de lo que sucederá. A Dios M. Pikle, me atrevo à prometer que no quedareis descontento de mi. Ya es media noche, retiraos, y dexadme tomar el reposo que necesito. El viejo pasmado del ayre de serenidad noble, y juntamente sensible, con que le hablaba Selmours, le abraza, y estrecha la mano, y dandole palabra de no salir
en

en un punto de todo lo que acaba de encargarle , dexa en libertad à Selmours. Este se pone al punto à escribir à Mistriss Hartlay , participandola su contienda , su dolor , sus intenciones , dandola el último à Dios para en caso de que muera , y haciendo un nuevo juramento , de que muere adorandola. La carta iba tierna , eloqüente , y bien razonada ; bañóla muchas veces con su llanto , y despues de cerrarla , se acostó tranquilo , esperando la mañana del dia siguiente.

A las cinco se puso en pie. Salió solo con sus armas, fué à buscar los testigos, y llegó un poco ántes de las seis à el sitio concertado; M. Roberto estaba allí ya con sus testigos. Estos, y los que Sel-mours llevaba, empezaron à disputar con bastante calor, quien de los dos combatientes debia tirar primero. Sel-mours los puso de acuerdo, diciendo, que pues él era el insultado, à él le tocaba decidir de todo, pero que ni acostumbraba, ni queria tirar primero. Entónces los dos enemigos se colocaron à diez pa-

sos uno de otro, y el impaciente Roberto, apuntando à la cabeza de Selmours, hiere, y arroja à distancia de quatro pasos el sombrero de su contrario. Selmours le levantó con sosiego, se le volvió à poner, dirigió la vista à un arbolito mas distante que Roberto, y tirandole su pistoletazo, divide por la mitad su débil copa. Podeis volver à tirar, dixo al pasmado Roberto.

Señor, le respondió el jóven, no comprehendo porque causa os desdeñais de quitarme

me la vida, vuestra generosidad es para mi una especie de afrenta. Yo os suplico que me dispereis, ó me expongais el motivo de tan extraordinario proceder. Convengo mejor en lo último, dixo acercándose Selmour. Vos soys hijo de M. Pikle, el qual hace veinte años, que es mi amigo; léjos de atentar à vuestra vida, expondría yo la mia por defenderos. Vos habeis venido à provocarme, à insultarme, à impedir mi casamiento con una jóven, con quien he declarado expresamente que no me quiero casar. El honor me obligaba à

aceptar el desafío; el honor me mandaba exponer mi vida; pero no me exìgia que atentase à la vuestra. Yo no tengo rencor ninguno contra vos, no hallo motivo para aborreceros; pero como las preocupaciones de mi país someten mi razon, y serenidad à vuestra locura, y furor, si todavía estais loco y furioso, volvamos à comenzar; si tampoco à la segunda ves acertáreis à herirme, os repetiré que no quiero casarme con Mys Fanny, que no quiero matar al hijo de M. Pikle. Esta es la explicacion de mi
con-

conducta, ¿decidme que quereis hacer?

Pediros perdon, señor, le respondió el jóven Roberto, suplicaros ante estos señores, que excuseis mis agravios, y mi edad; el amor, y la juventud me habian extraviado, vuestra noble conducta me hace avergonzar de mi yerro. Admitid estas disculpas, Selmours, y si mi verdadero arrepentimiento, y toda la ventaja que me llevais, no os basta para olvidar la ofensa, pronunciad vos mismo la satisfaccion, que querais exîgir.
Sel-

Selmours, volviéndose entonces à los quatro testigos, que se apoderaban ya de las pistolas, señores, les dixo, ¿os agrada el partido? Todos manifestaron su admiracion. Pues yo os hago garantes de la palabra, que me da Roberto. El me suplica le dicte la reparacion, que exija de mi agravio; voy à hacerlo. Vosotros, señores, sabeis muy bien, gracias al diarista de Londres, el famoso testamento de M. Mckelfort, y el apuro, en que me hallé à causa de Mys Fanny. La tia de esta jóven ha rehusado la
ofer-

oferta que la hice de la mitad de mi herencia, diciendome, que su sobrina no debia aceptar nada, sino de la mano de su esposo. Yo suplico à M. Roberto, quiera ser este esposo, y exiço por satisfaccion de la ofensa, que admita de mi mano las cinco mil libras esterlinas de renta, ofrecidas inutilmente à la tia de Mys Fanny.

Así que acabó de pronunciar las últimas palabras, Roberto se arroja al cuélllo de Selmours, y los testigos le colmaron de elögios. Todos van

van al punto à casa de Sel-
mours, en donde el infelíz
M. Pikle les esperaba con unas
ansias mortales. Roberto se dió
prisa à contarle lo que aca-
baba de suceder. M. Pikle no
pudo menos de llorar. Esta fué
la vez primera en toda su vida
que no disputó contra nadie, no
insistió en su primer dictámen,
y prestó su consentimiento à
todas las disposiciones de Sel-
mours. Este les dexó solos de
allí à poco para ir à infor-
mar à Mistriss Hartlay en
todas sus aventuras. La sensi-
ble viuda en este mismo dia
le dió la mano. M. Pikle cor-
rió

rió à Oxford à emplear su dialéctica en persuadir à Mistriss Forvard, lo qual consiguió dandola parte del casamiento de Selmours. El de Fanny, y Roberto se concluyó poco tiempo despues. Los quatro esposos vivieron juntos y felices à pesar de las frequentes disputas de M. Pickle y de Selmours, el qual convenia, en que es muy dificultoso en ciertas circunstancias dar gusto à todos.

CAMIRÉ.

NOVELA AMERICANA.

Un dia echaba yo en cara à un español, recién-venido de Buenos-aires, las crueldades horribles exercidas por sus paisanos en las primeras conquistas de la América; recordábale, no sin temblar, los delitos que obscurecieron la gloria de Cortés, Pizarro, y otros

otros muchos héroes, que por otra parte han excedido tal vez lo mas admirable de la antigüedad; lastimábame de que una época de la historia de España tan bella, como gloriosa, se hubiese escrito en unos anales, cuyas páginas estan teñidas con sangre humana.

— Mi español me oía con una paciencia política. Algunas lágrimas le vinieron à los ojos, quando pronuncié el nombre de las Casas. Ese es nuestro Fenelon, me dixo; él no compuso un Telemaco, pero

ro corrió las dos Américas, por salvar algunos indios, atravesando los mares, para venir à defender su causa en el consejo de Carlos Quinto, como vuestro Arzobispo de Cambrai, defendió la de los protestantes, à quienes vosotros igualmente pasasteis à cuchillo en las montañas de Cevennes. (a) Erais pues vosotros unos perseguidores al fin del reynado de Luis XIV. ¿Y que eramos nosotros? ¿Qué era toda la Europa en este siglo diez y seis memorable para siempre por nuestros grandes descubrimientos, por las be-

bellas artes de la Italia, por las nuevas sέctas de la Alemania, y por los crίmines que se cometian en todos los paίses? Los portugueses, nuestros vecinos, degollaban los habitantes de los pueblos, que vencían en la costa de Malabar, sobre la ribera de Ceilan, en la península de Malaca. Los holandeses, que los rechazaron, no eran menos crueles. En Suecia, el Neron del norte, y el Arzobispo de Vpsal, (1) asesinaban

(1) *Cristierno II. y Troll.*

ban à los senadores, y ciudadanos de Stokolmo. En Londres, se encendian hogueras para los luteranos, para los católicos, y se trataba de levantar un cadalso en donde se debiese verter la sangre de quatro reynas de Inglaterra. (2) En París.... Sin duda os acordaréis del nombre de Guisa, y de la horrible noche del veinte y quatro de Agosto de 1572. No diré mas; pero no
 nos

(2) *Ana de Boulem, Catalina Howard, Juana Gray, y Maria Stuard.*

nos echemos nada en cara, pues todos hemos sido bárbaros. Dexemos à la història el triste cargo de conservar la memoria de los delitos de nuestros antepasados; no recordemos, si es posible, mas que sus buenas acciones, y hablemos de ellas à cada paso, para animarnos à imitarlas. Acabais de repetirme las horrosas descripciones de la conquista del Perú, no las ignoraba; pero permitidme que en cambio os cuente yo el modo que tubisteis de adquirir el Paraguai. Esta relacion será menos penosa, y os ins-
trui-

truirá tal vez en muchas circunstancias particulares, que los historiadores han omitido.

No sabiendo que responder à este discurso tomé el partido de callar, y el español prosiguió hablando en estos términos.

En vuestros viajes habreis tomado conocimiento de la vasta region , situada entre Chile, el Perú, y el Brasil. Las minas de oro, y plata, que encierra, son sus menores tesoros. Su clima el mas templado, su terreno el mas
fer-

fertil, soberbios mares, in-
mensos bosques, las produc-
ciones de la Europa reunidas
con las de América, la abun-
dancia de todos frutos, de
todos los animales útiles, ha-
cen gozar al habitante del Pa-
raguai casi sin necesidad de
cultivo todos los beneficios,
que la naturaleza ha reparti-
do con lo restante del mun-
do. Sebastian Cabot fué el pri-
mero, que entró en este país
el año de 1526, arribando à
las playas, que él intituló rio
de la plata. Las barras de
este metal, que los naturales
del país ofrecieron à los espa-

ñoses, fueron bien pronto el atractivo de otros navegantes. Construyeron à Buenos-aires; edificaron algunos fuertes en el interior del país, y se establecieron finalmente en la Asumpcion sobre el rio de Paraguai.

Los naturales, aterrados con la vista de nuestros guerre-
ros, habian abandonado la
comarca. Los Guarianos (b)
principalmente, pueblo inu-
merable, y poderoso, se habia
retirado à unas montañas inae-
cesibles, cuyas sendas eran
para nosotros enteramente des-
co-

conocidas; muchos destacamentos habian intentado penetrar por ellas; pero nuestros soldados perecian de hambre, ó heridos por las flechas de los salvages. No habia comunicacion alguna entre Guarianos, y Españoles. Las tierras no se cultibaban, y la colonia reducida à extraer socorros de la Europa, no podia prosperar.

Hallábase en este triste estado, à principios del siglo diez y siete, quando fué enviado un gobernador. Su carácter no era ha propósito para atraer à los Guarianos.

Déspota y soberbio, queria que todo se sometiese à sus órdenes; amigo de hacer valer su autoridad, y sobre todo instigado por el deseo de aumentar su fortuna, la avaricia, y el orgullo llenaban su corazon. Muy en breve se vió aborrecido de los colonos, y los pocos indios que venian todavía à traer víveres no tardaron en desaparecer, reuniendose con los Guarianos.

Entre los últimos misioneros, que arribaron à Buenosaires, habia uno en cuyo cotejo no habrá jamas existido
mas

mas digno sacerdote; jamas la palabra de un Dios bueno fué anunciada por boca mas pura. Ni la ambicion, ni los remordimientos le habian conducido al claustro. Piadoso desde la niñez, de un alma naturalmente dulce, ardiente solo para el bien, sin otra necesidad que la de la paz, y la de la virtud habia entrado Religioso à los diez y ocho años, para gozar de la una, y conservar la otra. Desde entónces pasó toda su vida en dar alivios à la humanidad; en buscar à los infelices, como un corazon aman-

mante busca à los amigos.

Rico por un considerable patrimonio, que heredó de su familia, habia envejecido repartiendo poco à poco sus bienes con los desgraciados, y viendo à los sesenta años de su edad, que ya no le quedaba cosa ninguna, pidió que le enviasen à la América. Yo no puedo ya dar, decía; abandonemos pues un país en que hay pobres, en el Perú todos tienen oro, y falta el evangelio á los indios; iré á llevarles el evangelio, este es
to-

todavía un bello tesoro, que puedo derramar.

Así que llegó á la Asumpcion (c) empezó á admirarse de no encontrar, en lugar de los indios que iba á convertir, mas que christianos, que necesitaban de consuelo. Su zelo creció sin embargo. Dióse prisa á visitar los colonos; supo ganar su confianza, escuchó sus quejas, alivió sus pesares, y vino á ser su abogado para con el inflexible gobernador. Todos bendecian al buen padre, respetábale el mismo gobernador, quien, des-
pues

pues del arribo de éste, comenzaba á mostrarse mas humano; porque es propio de la virtud, y tal vez una de sus recompensas, hacer mejor al que se acerca á ella.

Un dia que el misionero se paseaba solo, bastante lejos de la ciudad por las orillas del rio, oyó dar muchos gritos, y sollozos; procurando investigar la causa, vino finalmente á descubrir sobre la ribera á un niño desnudo, el qual se movia con grande agitacion al rededor de un hombre tendido en tierra. Cor-
re

re hacía este niño; el qual representaba ser de edad de doce á trece años; tenia el rostro anegado en lágrimas; abrazaba con llanto, y procuraba fomentar con sus besos el inmóvil cuerpo de un hombre de treinta á quarenta años, desnudo como el niño, enlodado, con los cabellos mojadados, y esparcidos, é indicando en su pálido semblante una larga fatiga, y una muerte penosa.

Así que el niño vió al religioso, se vino derecho hacia él, se puso de rodillas, abrazó las del misionero,

L

y

y estrechandolas con fuerza, mirandole al mismo tiempo con unos ojos en quienes se veía un retrato de la piedad, el amor, y la desesperacion, le dixo algunas palabras interrumpidas, que el religioso no pudo comprehender, porque no entendia el lenguaje, pero que no dexaron por eso de enternecer al buen padre en gran manera. Levanta al instante al niño, se dexa arrastrar de él hácia el cadáver; el qual exâmina, palpa, y encuentra ya helado. El desgraciado niño contemplaba al religioso, notaba con la
ma-

mayor atencion todos sus movimientos, y proseguia hablándole en su lengua, pero juzgando por las tristes miradas, y señas del misionero, que ya no le restaba esperanza alguna, se arroja sobre el cadáver, le besa mil veces, se arranca el cabello, y levantandose de repente, toma carrera para precipitarse en el rio.

A pesar de su edad, el religioso mas fuerte, y ligero, que el niño, le detiene, y coge en sus brazos, y olvidandose de que el niño no

es capaz de entenderle, procura calmar su pena con mil palabras de consuelo. Como lloraba al mismo tiempo, el niño le comprendía bien; le hacía sus caricias, y no dexaba de mostrarle el cadáver, pronunciando el nombre de Alcaípa, y alternativamente señalaba al río, pronunciando el de Guacolde. El padre, esforzándose á penetrarle, llegó á comprender, que el muerto salvaje era su padre, y se llamaba Alcaípa, pero no pudo entender porque el niño extendía los brazos hácia el río, llamando á Guacolde.

Des-

Despues de esforzarse inutilmente por espacio de muchas horas, para obligar al niño, que le siguiese á la ciudad. El religioso, que no queria abandonarle, vió por fortuna pasar un soldado, á quien mandó que fuese á la Asumpcion á buscar socorro. El soldado traxo de allí á poco un cirujano del hospital, quien registrando otra vez el cadáver confirmó al misionero en el juicio, que habia formado. A instancia de este, el cirujano, y el soldado hicieron una hoya en la arena, en donde depositaron el cadáver.

dáver; mientras el buen religioso tenia asido al niño, quien duplicaba sus lamentos.

Pudo finalmente llevarse consigo al jóven salvage; prodigóle las mas dulces caricias, presentóle varios alimentos, y consiguió al cabo con mucha fatiga hacerle tomar un bocado. El niño se mostraba bastante sensible á la bondad del religioso, se levantaba muchas veces para besarle las manos, le miraba con dolor, y volvía de nuevo á llorar. Pasó la noche sin cerrar los ojos; al venir la
au-

aurora dió á entender por señas, que deseaba salir, y el misionero le acompaña. El niño dirige sus pasos hácia el lugar, en donde habian enterrado á su padre. Así que llegó, se puso de rodillas sobre el sepulcro, y besandole muchas veces, permaneció largo tiempo en esta postura. Despues fué á arrodillarse á la margen del rio, hizo allí las mismas ceremonias, y volviendose al sitio en donde estaba el religioso, levantó las manos al cielo, pronunció tristemente los nombres de Alcaípa, y Guacolde, dió á en-

entender con una seña que ya no existían, y se arrojó en los brazos del misionero, como indicándole, que habiendo perdido todo el apoyo, que tenía en la tierra, se entregaba á él.

Los piadosos cuidados del buen padre no tardaron en interesar al niño; este, dulce igualmente, que reconocido, se complacía en obedecerle, y procurando adivinar lo que podía serle agradable, lo executaba al punto. Ya no repugnó que le vistiesen; y se fué acostumbrando poco á poco

co á unos usos que de ordinario le chocaban, y cuyas ventajas no conocia. Pero á una seña, que viese hacer á su bienhechor, todo lo hallaba fácil. Con un espíritu naturalmente vivo, y una memoria admirable, aprendió en poco tiempo el español suficiente para comprehender al Jesuita, y ser entendido de él. La primera palabra, que retuvo, y que le chocó mas, despues que conoció su significado, fué la de mi padre, la qual pronunciaban todos, quando hablaban al religioso ¡ó padre mio! le dice,
ja-

jamás esperé llegar á pronunciar esta palabra, pero yo te debo esta dicha, y veo claramente que eres el mejor de los hombres, pues todos te llaman padre.

Después que pudo satisfacer á las preguntas del misionero, le instruyó en su nacimiento, y desgracia; sobre la misma tumba de aquel, á cuya memoria derramaba incessantemente tiernas lágrimas, el jóven salvaje le hizo esta relacion.

Yo me llamo Camiré; soy
de

de la nacion de los Guarianas, á quienes tus hermanos los españoles han arrojado de estos hermosos valles, precisandoles á retirarse á los bosques, que están detras de esas montañas azules. Yo era el único hijo de Alcaípa, y de Guacolde. Estos se amaron toda su vida; despues que yo nací no vivieron sino para amarme. Quando mi padre me llevaba á caza, nos acompañaba mi madre, quando mi madre me detenia, no iba á caza mi padre. Yo pasaba á su lado los dias, y las noches en sus brazos. Si yo estaba con-

contento, ellos se daban por dichosos, y hacian resonar con sus cantos la cabafia; si yo padecia de algun modo, el mal era comun, y ambos suspiraban; si dormia, su deleyte consistia en mirarme, y mi sueño les servia de reposo.

Una nacion Brasiliense, á quien sin duda han exterminado tus hermanos, vino á hacernos la guerra á nuestros bosques. Nosotros les presentamos la batalla. Los Brasilienses la ganaron. Mis padres, viendose en la precision de huir, fabricaron de prisa
una

una canóa de corcho, en la qual pusieron todos nuestros haberes, que se reducian á dos camas, una red, y dos arcos; y hecho esto, nos embarcamos en el gran río, sin saber á donde iríamos á parar, porque los Brasilienses venian en nuestro seguimien-
to, y por otra parte temblá-
bamos dar con tus hermanos.

El río habia salido de madre, y llevaba tras de sí troncos de árboles crecidos; trastornóse nuestra canóa. Mi padre, sosteniendome con una mano, se echó á nado con la otra.

otra. Mi madre, que habia ya mucho tiempo que estaba enferma, apenas podia nadar, y sin embargo me sostenia tambien. El cansancio agotó bien pronto las fuerzas de mi madre, y las mias. Alcaípa, que lo echó de ver, nos puso á ambos sobre sus espaldas, y nadó por espacio de muchas horas, sin poder jamas abordar, á causa de las muchas rocas que habia en la ribera. Llevábale ya la rapidez de la corriente, y aunque se sentia cada vez mas débil, no lo queria decir; nosotros ni aun podiamos ya soste-

te-

tenernos sobre las aguas. En fin habiendo llegado á esta llanura, á donde el rio extendiendose, forma un brazo de mar, mi padre exclamó, mi querida Guacolde, vamos á perecer, yo no puedo llegar á la orilla con dos cargas. Si te restáran todavía algunas fuerzas para poder seguirme algunos momentos, acaso..... No pudo concluir; mi madre se sumerge, y al desaparecer, dice gritando, salva á nuestro hijo, que yo muero contenta.

Yo quise arrojarme tras
de

de mi madre, pero Alcaípa me detuvo con una mano. Hace el último esfuerzo, atravieza la desmedida longitud del río, arriba á la orilla, me echa sobre la arena, me abraza, y cae muerto á mis pies.

Tu llegaste luego, y sabes lo restante padre mio.

El religioso le escuchaba suspirando; él no trató de consolar al jóven salvaje; no le obligó á moderar su pena, á detener tan justas lágrimas; pero mezclando las suyas, Ca-
mi-

miré por enjugarselas , dexó de llorar.

La bondad paternal del religioso fué ganando mas, y mas el corazon del sensible Camiré. Este se instruyó en su escuela; aprendió á leer, y escribir con admirable facilidad. El piadoso misionero le habló de religion; se la pintó como la sentia. Su eloqüencia, que penetraba el alma, movió prontamente la del educando. Creyó facilmente lo que le decía el buen padre, porque le veía exercer lo que aconsejaba; acompañábale al

M hos-

hospital, á las casas de los pobres, y desgraciados; quando á la cabecera de un enfermo, calmaba sus dolores con razones consoladoras, quando repartía con los menesterosos hasta su frugal sustento, hasta los vestidos, que llevaba: y siempre que el jóven salvage se mostraba admirado de tanta caridad: „hijo mio, „le decía, el religioso; aun „no hago mucho. Mi Dios „es el Dios de los pobres, de „los huérfanos, y de los afligidos: estos son sus hijos de „predileccion, á estos es preciso amparar. si queremos „com-

» complacer á su padre.

Poseído de estas divinas máximas, y ardiendo en un vivo deseo de imitar tan dulces exemplos, Camiré pidió el bautismo. Esta súplica llenó de gozo al buen misionero, el qual corrió á participárselo al gobernador. La ceremonia fué muy solemne. El gobernador quiso sacar de pila al Americano convertido; todos los españoles se apresuraron á colmarle de presentes, y desde entónces el misionero se dedicó á asegurar una fortuna independien-

te á su nuevo proselito.

Los créditos, y estimacion que tenia en la colonia, y á un en España, le ofrecieron medios fáciles de adquirir á Camiré las plazas, que le deseaba. Camiré acababa de cumplir diez y seis años; su educacion estaba ya concluída, y el discípulo del misionero, mas instruído, que la mayor parte de los colonos, sabia el latin, y las matemáticas; habia leído los historiadores, los poëtas, y las mejores obras del español. Su espíritu justo, y penetrante,
se

se habia aprovechado en gran manera de esta lectura; era muy aficionado á los libros, y los juzgaba con discrecion, recogiendo muchas veces de ellos mas verdadera filosofía, que el autor habia vertido. El misionero, á quien su buen sentido tenia pasmado, le habló sériamente de la necesidad de tomar un destino, para hacer fortuna; propusole el estudio de las leyes, el servicio, ó el comercio, sometiendose á su eleccion, con su indulgencia acostumbrada, y Camiré le respondió.

„El

» El solo error que hallo
» en tí, padre mio, es el
» creer que esta fortuna, de
» que me hablas tan de or-
» dinario, pueda ser neces-
» ria á mi felicidad. Yo com-
» prehendo facilmente, tanto
» en virtud de lo que he leí-
» do, como de lo que tu me
» has dicho de tu Europa,
» en donde todo lo que da de
» sí la nacion, no pertenece
» mas que á un pequeño nú-
» mero de habitantes, en don-
» de los pobres viven conde-
» nados á servir á los ricos,
» para tener el derecho de res-
» pirar, y alimentarse con los
» fru-

» frutos de la tierra, compre-
» hendo, digo, que en este
» país se emplean todos los
» medios justos, ó injustos,
» para salir de la dilatada
» clase de los que no tienen
» nada, á la de aquellos, que
» lo poseen todo. Pero hazte
» cargo del lugar en donde
» nos hallamos, padre mio,
» mira esas dilatadas llanuras,
» en donde el maiz, la yu-
» ca, las patatas, las ananas,
» y una muchedumbre de
» plantas saludables, crecen á
» nuestra vista, casi sin cul-
» tivo; mira esos inmensos
» bosques, llenos de cocos, de
» li-

„ limones, cedros, acymbojas,
 „ y otras frutas deliciosísimas,
 „ que la naturaleza ha produ-
 „ cido con menos trabajo, que
 „ el que cuesta retener sus
 „ nombres: todo esto me per-
 „ tenece; yo puedo gozar de
 „ ello, y la poblacion del
 „ Paraguai no será en largo
 „ tiempo tan numerosa, que
 „ los hombres precisados á di-
 „ vidir este inmenso terreno,
 „ señalen un dueño á cada
 „ parte.

En quanto á este oficio,
 „ que tu llamas, no sé por-
 „ que razon, un estado, y
 „ que

„ que quieres que yo elija, te
„ confesaré francamente, que
„ no me agrada ninguno, de
„ los que me has propuesto.
„ Solo al comercio me habia
„ inclinado en un principio;
„ juzgaba yo caritativo y bue-
„ no, atravesar los mares, em-
„ plear la vida padeciendo
„ trabajos, arrojando peligros
„ para llevar à las naciones
„ distantes los socorros nece-
„ sarios, para repartir entre
„ la gran familia de la tierra
„ los beneficios del padre co-
„ mun. Pero despues de haber
„ observado mejor, he descu-

„ bierto el fin de esta caridad.

N

„ He

„ He visto, que los mas hon-
„ rados comerciantes no escru-
„ pulizan en llevar à los sal-
„ vages armas ofensivas, en
„ embriagarlos con licores fuer-
„ tes para hacer mas ventajosa-
„ mente sus ajustes. En fin yo
„ les he visto traer à este país
„ algunos Africanos para ven-
„ derlos en los mercados co-
„ mo à bestias. ¡Vender los
„ hombres, padre mio! ¿Esto
„ se llama comercio? Amigo,
„ yo no quiero ser comerciante.

„ Déxame pues permanecer
„ en la situacion, en que me
„ hallo. Aunque con tu son-
„ ri-

„ risa , y política dulzura , me
 „ des à entender que no soy
 „ nada , yo te aseguro que
 „ soy alguna cosa , y una co-
 „ sa bastante buena , y feliz ,
 „ de lo que te doy las gra-
 „ cias. Yo gozo de salud ; mi
 „ conciencia se halla tranqui-
 „ la ; estoy dispuesto à com-
 „ parecer en qualquiera ins-
 „ tante ante el Dios de la jus-
 „ ticia , y no sentiría mas que
 „ el dexarte. ¡ Ah ! padre mio ,
 „ la inocencia es un bello es-
 „ tado ; permite que no tenga
 „ otro. A tu lado no me falta
 „ nada ; si tuviera la desgra-
 „ cia de perderte , me volve-
 „ ria

„ria à mis bosques, en don-
„de los árboles serian sufi-
„cientes para mantener mi
„existencia, y tu memoria
„mucho mas para conservar
„mi virtud. Déxame pues go-
„zar pacíficamente de la di-
„cha, que me dispensas. No-
„sotros hemos leído muchos
„gruesos volumenes sobre lo
„que los hombres han lla-
„mado FELICIDAD; yo compon-
„dria sobre este asunto un
„tratado, que se reduxese à
„dos líneas. Conservar pura
„el alma, y saber renunciar
„à las cosas que no son ne-
„cesarias.

El

El misionero no tuvo que responder à su jóven filósofo. Convenia en que el discípulo se aventajaba al maestro, y pedia sonriendose al Guariano que le instruyese à su vez. Pero bien pronto debia ponerse à prueba esta sabiduría.

De allí à pocos dias un navio de Cadiz trajo de España una jóven sobrina del gobernador de la Asumpcion, à quien su padre, hermano menor de este, habia dexado huérfana, y sin bienes. Los parientes del no habian hallado mejor recurso para des-
pren-

prenderse de una muchacha pobre, que el de enviarla à la América à casa de su tío, que pasaba por hombre poderoso. El gobernador, recibió esta sobrina con mas sorpresa, que alegría. Al principio estuvo ya tentado para volverla à enviar à España; mas las razones del religioso le contubieron; contentóse con remitir algunas quejas bastante vivas à los que le ponian aquel estorvo delante, consintiendo por un efecto de humanidad en sufrir permaneciese en su casa la única hija de su hermano.

Es

Es bien fácil inferir, que esta jóven* no lo pasaría muy bien en casa del gobernador, ella sabia, y à cada instante echaba de ver, que su presencia era gravosa. Temblando irritar à su tio, y segura de serle desagradable, ponía de continuo la mayor atención en sus acciones, y palabras, creyendo haber hecho demasiado, quando se la tenía solo por importuna. Apenas habia cumplido diez y seis años; llamábase Angelina, nombre, que merecia bien por su belleza, dulzura, gracia, espíritu amable, y sobre todo
por

por un corazón superior à su gracia, y espíritu. No se la podía ver sin amarla, y quando se la amaba, no costaba dificultad el declararselo: la vanidad distaba mucho de esta alma pura; los sentimientos, que ella inspiraba, la eran tan parecidos, que el, que los experimentaba, adquiría una virtud. Angelina buscaba frecüentemente la soledad, y el campo. Aprovechándose de la libertad, que se goza en las colonias, salia todas las tardes solamente con un criado à contemplar la naturaleza; à respirar el perfume

me de las flores, à escuchar el canto de los paxarillos, y à admirar el ocaso del sol. Estos eran unicamente sus placeres, y eran bastantes para su alma dulce, tierna, pacífica, siempre pronta à sentir el bien, siempre lenta para desear lo mejor.

Habia observado muchas veces en sus paseos campestres à un jóven, que à las mismas horas nunca dexaba de hallarse en el mismo lugar; que se ponía de rodillas, permaneciendo así mucho tiempo, y se volvía despues à la
ciu-

ciudad. Angelina, poco curiosa, habia evitado encontrarse con él, pero un anochecer, en que ella venia mas tarde de lo ordinario, paseando por este sitio, una serpiente monstruosa de la especie llamada CAZADORAS, tan comun en el Paraguai, levanta de repente su cabeza sobre las yerbas mas crecidas, y se avalanza hácia Angelina, dando unos silvidos horrorosos. Angelina grita; su criado atemorizado huye; la jóven española huía tambien; pero la serpiente la persigue, adelanta mucho terreno; y ya iba à alcanzarla, quan-

quando Camiré se presenta con uno de los lazos, de que los Peruvianos se sirven con tanta destreza. (3) Echa el corredizo nudo à la cabeza del reptil, y huyendo con una ligereza increíble, lleva arrastrando tras de sí al monstruo agarrado.

Angelina estaba desmayada. Camiré la socorre, la ha-

(3) *Los Peruvianos, llamados Guazos, ahorcan con lazos de cuero à los Tigres, y à los Toros (Historia de los viages, tomo XII.*

ee volver en sí, y viendola desfallecida, sostiene sus débiles pasos hasta la casa de su tío; recibe allí con rubor sus acciones de gracias, y se separa de ella con una especie de turbacion, que hasta entónces no habia conocido.

Camiré corrió à contar al misionero lo que le acababa de suceder. La alegría, que sintió el buen religioso, el interés que manifestaba en la suerte de Angelina, todo lo que le contó de sus virtudes, y amables qualidades aumentaron la inquietud, que sentia Camiré. Escuchaba pensa-
sa-

sativo estos elogios, y no durmió aquella noche. Al dia siguiente se adelantó à preguntar al religioso con un género de dificultad, si convenia que fuesen ambos à casa del gobernador, à saber como se hallaba su sobrina. El religioso se estaba ya disponiendo para hacerlo, y fueron allá inmediatamente. El gobernador les recibió con política, y reconocimiento, les aseguró de la salud de Angelina, y les obligó à pasar todo aquel dia en su casa. El jóven Guariano volvió à ver à la bella española, tu-

vo ocasion para hablarla libremente, y respiró por todos sus sentidos el ardiente amor que le consumía.

La historia de Alcaípa, los elogios, que el buen misionero se complacía en hacer à su hijo, fueron el asunto de la conversacion. Angelina estaba atenta con la cabeza baxa; un color mas vivo resplandecía sobre sus mexillas; y un secreto movimiento hacía palpar su corazon. La historia, que refirió exáctamente el misionero, la descubrió el motivo de ir Camiré tan
de

de ordinario à ponerse de rodillas junto al rio. Esta piedad, este amor filial, aumentaron su reconocimiento para con el amable libertador. Se alegró en extremo, de que fuese él quien la habia sacado de tan gran peligro; contemplabase dichosa en tener que amar à este jóven, pero no osaba mirarle.

Poco tiempo, pocas visitas, bastaron à los dos amantes para darse à entender lo que sentian, y para asegurarse, aunque no de palabra, que su amor era correspondido.

do. Angelina guardó el secreto, que sus ojos habian publicado; el sincero Guariano se lo confió todo al misionero; pintóle con los rasgos mas vivos la pasion, que dominaba su alma; le repitió mil veces, que la muerte sola podria extinguirla; que estaba pronto à emprender qualquier cosa á trueque de merecer la mano de la española, y concluyó pidiendole ayuda para llegar à la consecucion de esta dicha.

El religioso le oía tristemente. ¡Oh hijo mio! le dice,

ce, como me atormentas, y
quantos males te preparas tu
mismo! Tú, que conoces nues-
tras costumbres, nuestros usos,
la estimacion, que hacemos
del nacimiento, nuestra pa-
sion por las riquezas, puedes
persuadirte à que el goberna-
dor del Paraguai convenga
en dar su sobrina à un ex-
trangero, à un desconocido,
que no tiene nada, y cuyas
miras son las de ir à vivir
despues de mi muerte entre
los salvages sus hermanos? Yo
no he combatido, hijo mio,
antes bien he respetado en tu
corazon el desprecio de los

O

va-

nos ídolos, que se han fabricado los hombres corrompidos; pero quando pretendemos, mi querido Camiré, elevarnos de este modo sobre los errores de la humanidad, es necesario renunciar à el amor, porque él solo nos hace dependientes de todas las preocupaciones de los hombres, de todos los caprichos de la fortuna. Tu me compadeces, hijo mio; los consejos, los remedios, ya no te pueden ser útiles; necesitas de esperanza, y en vano mi ternura procuraría aludirse à si misma, para aludirte à tí por algu-

gu-

gunos instantes; la avaricia del gobernador le haría olvidar tu nacimiento, si pudiéramos ofrecerle mucha cantidad de oro; pero ni tu, ni yo le tenemos, y....

¿Oro? replicó vivamente Camiré, arrojándose al cuello del anciano, alegrémonos, padre mio; está en mi mano adquirirle. Las montañas, que yo habitaba, están llenas de él, yo sé los caminos por donde debo ir. Iré à buscar quanto oro quieras; tu se lo ofrecerás al gobernador; él me dará por tan vil precio el

ser mas bello, mas virtuoso; y mas amable de la tierra, y el funesto amor de este metal, que tantos crímenes ha cometido en el nuevo mundo, hará al menos dos felices.

El buen misionero, cuyo corazon hacia palpar la sola palabra feliz, participó de la alegría de su hijo. Al dia siguiente fué à casa del gobernador, y conociendo el carácter del hombre, cuyo corazon queria ganar, creyó que le sería lícito emplear alguna industria. Comenzó pues hablandole de la dificultad de

colocar à Angelina de un modo correspondiente à su nacimiento, y le dió à entender, que sacrificando este último artículo, encontraría esposos, que se darian por muy felices en poner à sus pies considerables riquezas, pagando tambien al tio el honor de su alianza; y viendo, que esta explicacion no le desagradaba, concluyó proponiendole à su discípulo con cien mil ducados.

El gobernador no era fácil de seducir; una larga experiencia de mundo le habia hecho

cho sospechoso, y sagaz. Después de oír à el misionero, reflexionó que Camiré era del país de los Guarianos, en donde se decía, que eran muy comunes las minas de oro; advirtió que sus riquezas podian venir de esta parte, y no mostrandose muy distante de conceder su sobrina à este nuevo christiano, padre mio, le respondió „ los intereses de Es-
„ paña son solamente, los que
„ me ocupan. No deseo au-
„ mentar mi fortuna, pero an-
„ sio ser útil à mi patria.
„ Vuestro educando puede ser-
„ virme para este designio; que
„ me

„ me descubra una mina de
 „ oro, y yo le doy à mi so-
 „ brina.

Esta respuesta dió en que pensar à el religioso, sin embargo obligó al gobernador à reiterar la promesa, que habia hecho, y seguro de que no faltaría à su palabra fué à participar el éxito al jóven Guariano.

Así que este lo supo, dexando caer la cabeza sobre el pecho, y derramando muchas lágrimas, „ ¡ Ay padre mio!
 „ le dice, yo no puedo poseer
 „ á

„ à Angelina. Para descubrir
„ al gobernador la mina de
„ oro que me pide, es nece-
„ sario, que yo le muestre
„ ciertas sendas, que los espa-
„ ñoles ignoran, y de esta
„ sola ignorancia depende la
„ salud de mis hermanos. ¿Y
„ habia yo de ser el trans-
„ fuga, el traidor, que con-
„ duxese, en medio de mis
„ hermanos, à sus enemigos,
„ y verdugos? No, padre mio,
„ en tal caso tu mismo me
„ aborrecerías, despreciarías à
„ tu hijo, y sin tu estima-
„ cion como pudiera yo vivir?

El religioso le abraza, le estrecha en su seno, aprobando su noble resolución, y fortificándole en el principio de sacrificar siempre los intereses mayores, las pasiones mas ardientes, à el deber mas costoso; las pasiones, le dice, se extinguén, los intereses varían, y la virtud, hijo mio, no se muda jamas. En todos tiempos, en todos lugares, cuida de recompensar à aquel, que sufre por ella, le consuela, le anima, le hace gozar de dulces recuerdos, le rodea de un respeto santo, le acompaña mas allá de la muerte, y colocan-

P do-

dose sobre su túmulo, adonde los corazones sensibles van à bendecir el nombre, que ella hace venerar, causa todavía lágrimas de pesar, y admiracion.

El infelíz Camiré suspiraba, oyendo al gobernador. Resuelto enteramente, à no vender à sus compañeros, por obtener la mano de su querida, espera curar su pasion. Desde este instante evitó todos los encuentros con Angelina tan cuidadosamente, como antes los habia buscado; no salió de su casa, entregandose enteramente al estudio, baxo la cre-

creencia, de que ocupando su espíritu, llegaría muy en breve à distraer su corazón. Angelina no podía comprehender de donde nacía esta mudanza; al principio se atemorizó, despues estuvo esperando con impaciencia la ocasion de explicarse con Camiré; pero viendo que no comparecía ya en casa de su tío, no encontrándole en el campo, ni en el túmulo de Alcaípa, el desquite, y la cólera sucedieron al dolor.

Creyó, que ya no la amaba, y se resolvió à no amarle;

le; y habiendose puesto un dia de fiesta en la Iglesia casualmente junto à Camiré, afectó durante la ceremonia, no volver la vista al desgraciado Guariano; no echar de ver siquiera que estaba à su lado, y se salió sin saludarle. Este fué el mas penoso esfuerzo para la tierna y dulce Angelina; pero creyó despues de haber conseguido esta victoria, que nada la sería imposible, lisonjeandose de poder olvidar bien pronto, lo que hasta entónces habia ocupado su espíritu incesantemente.

Camiré se vió en el colmo de la desesperacion. El se habia experimentado bastante fuerte para renunciar à su amante, para privarse de su vista; pero no tenia valor para tolerar sus desprecios. Su alma oprimida no pudo soportar tanto tormento, y el infelíz Camiré fué à buscar à el religioso.

Padre mio, le dice, escucha, y perdona; yo no puedo vencer mi amor. He empleado contra él todas las fuerzas, que pueden prestar la razon, y la virtud. Angelina es superior á todo. Yo te
de-

dexo, padre mio; yo parto....
En nombre del cielo ocultame
tus lágrimas, permaneceré, y
si lloras, espiraré à tu vista.
Déxame retirar à mis bosques,
espero que podré volver, no
sé en que tiempo, pero vol-
veré. Si el proyecto que me-
dito es posible à la humani-
dad, estoy seguro de verifi-
carlo, y en este caso me vol-
verás à ver el mas feliz, é
inocente de todos los hombres.
Adios, mi padre, mi amigo,
y mi bienhechor, enxuga el
llanto, no es tu hijo quien
te abandona, es un infelíz,
un insensato, víctima de un
amor

amor funesto, que le gobierna à su arbitrio, que le separa lejos de su padre, que llena, y consume su corazon, pero que sin embargo no puede alterar la ternura, y agradecimiento que este corazon le conserva, aunque no es ya mio.

Dichas estas palabras, huye de Maldonado sin oirle, el qual en vano le llama, y suplica à gritos que vuelva à sus brazos. Bien pronto le perdió de vista. El buen padre, privado de su hijo, creyó quedar solo en el universo.

An-

Angelina era aun mas digna de lástima. Atormentada de continuo por una pasion, de que no podia triunfar, habia sufrido las mismas penas que Camiré, sin tener el consuelo de poder confiarlas à nadie. Así que tuvo noticias de su partida, se acusó á sí misma, de haberla motivado, y recordando incesantemente el desvio, que habia afectado, prorumpía en amargas lágrimas. Sin embargo por espacio de algun tiempo vivió persuadida, à que Camiré volvería à casa del religioso, pero viendo despues, que se habian pa-

pasado seis meses, sin que Camiré compareciese en la ciudad, la desgraciada Angelina suplicó à su tio la permitiese tomar el velo en uno de los conventos, que se habian fundado ya en la Asumpcion. El gobernador aprobó su designio, y en el mismo dia la llevó à la Abadesa de las Claras, la qual la concedió el hábito de novicia, y convino con el tio en dispensar la mitad de tiempo del noviciado.

La desgraciada ansiaba el instante de su profesion. Desde que el tiempo se la pasaba

ba sin Camiré corria tan lentamente para ella! Juzgaba que despues de pronunciar sus votos, se vería menos afligida, y que el amor abandonaría un pecho, que poseería el mismo Dios. Llegó por fin esta época tan deseada, y sintió un movimiento de alegría.

La noche del dia señalado para la profesion de Angelina, el buen religioso viniendo de visitar á sus enfermos se habia sentado á descansar á la puerta de su casa. Estaba pensando en Camiré, quando ve á lo léjos correr

rer una persona, la oye de repente dar un grande grito, y se siente estrechar entre los brazos de un jóven, que reconoce por su hijo. El pobre religioso estuvo casi para desmayarse de contento. El Guariano le sostuvo, y no podia articular palabra. Ambos entran abrazados en casa, y despues que sus corazones en gran manera conmovidos pudieron respirar libremente, padre mio, le dice Camiré, vuelves á ver á tu hijo, y le vuelves á ver digno de este nombre. Yo no he faltado ni al honor, ni al amor; soy,
y

y podré ser en adelante fiel á mis hermanos, y á mi amante. Vengo á entregar al gobernador la mina de oro, que ha pedido, y este tesoro está muy distante de la senda, que pudiera conducirle á mi país.

El religioso, haciendole repetir estas palabras, participó de los transportes de su hijo; no quiso turbar su alegría, avisandole, que al dia siguiente Angelina debia profesar; pero corrió inmediatamente á casa de el gobernador á mandar, que todo se suspendiese,
á

á anunciarle el inmenso tesoro, que Camiré venia á presentarle, y á pedir el cumplimiento de una promesa sagrada. El gobernador sorprendido, y gozoso renueva esta promesa, escribe inmediatamente al convento, ordena que se suspenda todo, y al amanecer parte con el misionero seguido de una buena escolta, baxo la conducta del jóven.

Caminaron todo el dia, hicieron noche baxo de unos árboles, y al dia siguiente volvieron á tomar su ruta por
las

las desiertas montañas, que se extienden á la costa de Chile. El gobernador le manifestaba una gran sorpresa porque habia hecho recorrer en otra ocasion este país, y no se habian encontrado metales. Camiré proseguía su camino con ayre de tranquilidad. Habiendo llegado junto á una caverna formada por dos aridas rocas, Camiré se para, y mostrando la entrada de ella, manda cavar á los obreros, los quales le obedecen al punto. El gobernador con los ojos de la avaricia seguía todos los movimientos de los mineros.

El

El misionero inquieto, y pensativo, hacía votos, que por la primera vez tenían por objeto las riquezas. Camiré se sonreía sin hablar palabra. A cinco, ó seis pies de profundidad, el gobernador fué el primero, que vió resplandecer el oro. Da un grito de alegría, se abalanza, y con sus dos manos coge un terron bermejo, lleno de este metal. La concha era larga y densa, y otras mucho mas ricas se hallaban entre las arenas de la gruta.

El gobernador corre hácia
Ca-

Camiré, le estrecha entre sus brazos, le llama su sobrino, jurandole una amistad eterna. Despues manda que se continúe el trabajo; quatro machos se habian cargado ya, y la mina no estaba agotada. El gobernador pone guardia, bajo la conducta de su Lugar-teniente. Instigado, decía él, por el deseo de cumplir su promesa, vuelve á la Asumpcion con el misionero, y Camiré; les lleva á su palacio, y así que el avariento puso en salvo sus tesoros, va en persona al convento de su sobrina, la manda salir al punto,

to, y disponerse para ser á otro dia esposa de Camiré.

Juzgad qual sería el exceso de sorpresa, y principalmente de placer, que experimentaría la tierna Angelina. Ella no podia creer, lo que veía, ni se acababa de persuadir á que esto no fuese un sueño, pero acostumbrada á la sumision obedece sin réplica; se despoja de sus hábitos de sayal, para vestirse de oro, y seda; su modesta frente abandona la toca; se dexa ver de nuevo su larga cabellera rizada, cayendo en

Q

bu-

bucles sobre la espalda. La emociion, que su alma siente, derrama sobre sus mexillas un vivo encarnado; sus ojos, que no osaba á levantar, arrojan mil fuegos, al traves de los negros, y largos párpados.

Mil veces mas bella, que en el dia, en que Camiré la salvó del peligro, sale del convento en busca suya, y el feliz Camiré la esperaba en el locutorio, en donde le habia dexado solo su tio.

Así que la vió entrar se arrojó á sus pies. Escuchadme,

me, la dice, ó muger, la mas bella y amable de todas; antes de obedecer á vuestro tio, sabed las poderosas causas que me obligaron á separarme de vos. El gobernador para concederme vuestra mano me pedia una mina de oro. Si yo le conducia al sitio en donde podia encontrarla, entregaba mi patria á los españoles. Jamas lo hubiera hecho, Angelina; á vos misma os lo declaro. En el momento mismo, en que os veo brillar con todas vuestras gracias, me atrevo á deciros que hubiera sacrificado mi

amor á mi deber, y á la salud de mis hermanos. Pero este amor me ha inspirado mas sabiamente; abandoné la compañía de mi virtuoso padre, volví á vivir con los Guarianos. Facilmente he encontrado mucha cantidad de oro. Ayudado de mis compañeros, he consumido un año en transportarla yo mismo á una distancia inmensa del país, en que le cogía; en ocultarle baxo de tierra, y finalmente en amontonar un tesoro suficiente, sino para mereceros, al menos para obtener vuestra mano. Cien veces he re-
pe-

petido este largo viaje, y le hubiera repetido mil, si el tiempo no me hubiera instado. Vuestra imagen, que siempre me acompañaba, me hacía temer de continuo, que el don seria corto.

El gobernador sin embargo se digna de contentar con las riquezas, que le ofrezco, porque ignora el precio de lo que dá; pero de vos, de vos sola quiero yo obtenerla en este dia.

Angelina al escucharle tuvo necesidad de hacer un esfuer-

fuerzo para no abrazar á Camiré; ella le alargó dulcemente la mano, y unas lágrimas de amor fueron su respuesta.

Camiré, transportado, la conduce al instante á casa del gobernador, en donde á media noche el misionero les dió la bendicion nupcial. Jamas hubo dicha igual á la que enagenaba á los dos amantes, sino lo fué tal vez la del buen religioso. Todos tres juzgaban que en adelante cosa ninguna podria turbar una union tan dulce; pero sus penas aun no habian cesado.

El

El gobernador dexó á los nuevos esposos para volver á la caverna , cuyo oro estaba ya agotado. Tan gran tesoro hubiera debido satisfacer la avaricia de el gobernador, si pudiera ser satisfecha la avaricia. Pero conociendo facilmente, que la tierra, que habian excavado , no producía este metal, concluyó, que el Guariano tendria conocimiento de minas abundantes , de donde sin duda habia extraido este oro. Demasiado rico sin embargo para atreverse á dar por quejoso, y no osando, por temor del misionero , tentar me-

medios indignos de apurar el secreto, que se le ocultaba, usó de una via indirecta, que no por eso le conducia menos bien á sus fines. Juntó la Colonia, dió cuenta de las nuevas órdenes, que segun decía, acababa de recibir del Rey, para continuar en los descubrimientos, y someter los pueblos inmediatos, principalmente á los Guarianos. Despues volviendose hácia Camiré, quien se habia puesto pálido, al oír este discurso, sobrino mio, le dice, en vuestras manos pongo los intereses de España. Vos sois mi hijo adoptivo;

(193)

vo; yo os nombro mi Adelantado, (4) encargandoos en nombre del Rey, partais con seiscientos soldados á descubrir, y sojuzgar el país de los Guarianos.

Toda la colonia aplaudió esta eleccion. Camiré no tuvo ánimo para responder. Todos le saludaron, y reconocieron como Adelantado, y su tio le repitió el orden que le habia impuesto, con la circunstancia de que lo executase dentro de pocos dias.

R

El

(4) *La primera dignidad despues de la del gobernador.*

El infelíz Camiré corrió con su esposa á pedir consejo á el misionero. El buen padre reflexionó algunos momentos en silencio. Despues cogiendo de la mano á los esposos, hijos míos, les dice, el peligro es grande. Camiré no puede, ni debe obedecer: si rehusa se hace sospechoso; yo lo seré igualmente, si emprendiendo su defensa, y el gobernador es capaz de todo. No podeis tomar otro partido, que el de huir en esta misma noche á refugiaros entre los Guarianos. Yo os seguiré, hijos míos, yo os seguiré á pesar de mi edad, yo iré con la
cruz

cruz en la mano á predicar á los hermanos de Camiré; yo iré á convertirlos á la fé, como le he convertido á él mismo. Vosotros seréis siempre felices, os amaréis siempre en la inocencia, y la paz, yo cumpliré con mi deber, serviré á mi Dios, le daré hombres, y seré mas feliz que vosotros.

Angelina, y su esposo se arrojaron á los pies de el anciano. Preparóse la huida. Camiré se proveyó de una canoa, en la qual se embarcaron todos tres así que las sombras de la noche obscure-

cieron la tierra. Camiré tomó los remos, y navegaron por el río hasta la entrada de las montañas. Allí desembarcó en unos montes, sumergió la canoa, siguió unos senderos desiertos, y llegó en pocos días al país de los Guarianos, los cuales le recibieron como á hermano. Dióse prisa á contarles lo que habia hecho, y lo que debia al religioso. Todos los salvages colmaron entonces al misionero de dones y caricias; todos quisieron trabajar en la cabaña del buen religioso, la de Angelina, y Camiré. Estas cabañas se construyeron sobre grandes árboles,

á

á las quales se subía por una viga labrada, que se retiraba despues de haber subido; precaucion necesaria contra los tigres, y contra las inundaciones. Establecidos en poco tiempo en esta nueva morada sin temor y sin inquietud, libres de todos los tormentos, que los hombres con tanta fatiga se han adquirido; ocupados solamente en amarse y vivir, los dos esposos sintieron mucho mejor que hasta entón-ces el encanto, y las delicias de la reunion de todo lo mejor, que se puede gozar en el mundo, es á saber, el amor, la inocencia, y la libertad.

El

(198)

El misionero, querido de un pueblo dulce, predicó la religion christiana, y convirtió facilmente á unos hombres sencillos, que adoraban sus virtudes. Todos los Guarianos se hicieron bautizar; algun tiempo despues pidieron ellos mismos al buen padre, hiciese venir otros religiosos, y se sometieron voluntariamente al Rey de España, con condicion, de que no embiase sino á los compañeros de el digno Misionero que tenian.

Esta proposicion fué admitida en Madrid. Los Guarianos, sobre la fé del tratado, se

se acercaron á la Asumpcion, y se dividieron en muchas poblaciones, de las quales, cada una edificó su aldea, en donde un religioso, con el cargo de Cura, les instruía en la agricultura, en las otras artes necesarias, y les gobernaba paternalmente. Bien pronto se aumentaron estas poblaciones. En 1734. componian ya treinta mil familias. Cada aldea tenia su regidor, y su alcalde particular; á quien los vecinos nombraban anualmente. El Cura, elegido por el Provincial, velaba en la execucion de las leyes, que no eran, ni en gran número, ni severas. Las ma-
yo-

yores penas se reducian á ayunos, y prision; y aun estos castigos se veían muy rara vez en un pueblo inocente, y pacífico, que no tenia idea del robo, ni de la muerte, conservando esta feliz ignorancia; gracias al extremo cuidado que los religiosos tenian de impedir la entrada en este país á todo extranjero. El moderado impuesto, que exígía el Rey de España, se pagaba con el cambio de azucar, tabaco, y algodón, todo lo qual era producto de un inmenso terreno, que quedaba comun en todas las parroquias, á donde cada vecino venía á trabajar dos dias

días á la semana. Lo restante de esta cosecha era para los enfermos, para los huérfanos, y para los ancianos que ya no podían trabajar. Un arsenal privado, encerraba las armas de todo el pueblo. Los jóvenes iban á tomarlas en los días de fiesta; se ejercitaban en el manejo del fusil, del sable, y de la espada, y las volvían á llevar al arsenal, y al primer ataque, ya fuese de Brasilienses, ya de Portugueses, salía de cada lugar un batallón de soldados excelentes. En todas partes se establecieron escuelas públicas para enseñar á leer,

y escribir; oficinas de carpinteros, cerrajeros, y texedores. Todas las profesiones, todas las artes útiles, se enseñaban gratuitamente, y el Cura, que velaba sobre todos estos ramos, antes de admitir á los jóvenes educandos, cuidaba de consultar su inclinacion. Nada les faltaba finalmente, de lo que vemos en nuestras ciudades, á excepcion del luxo, y la pobreza.

(a) *Cevennes*, montañas de Francia, al septentrion del Languedoc, entre la Aquitania, y la Galia Narbonesa de los antiguos. Comprehenden parte del Viverés, del Velai, y del Givandan, que estos montes separan de la Ruerga. Fueron por mucho tiempo el teatro de las guerras civiles de la Religion.

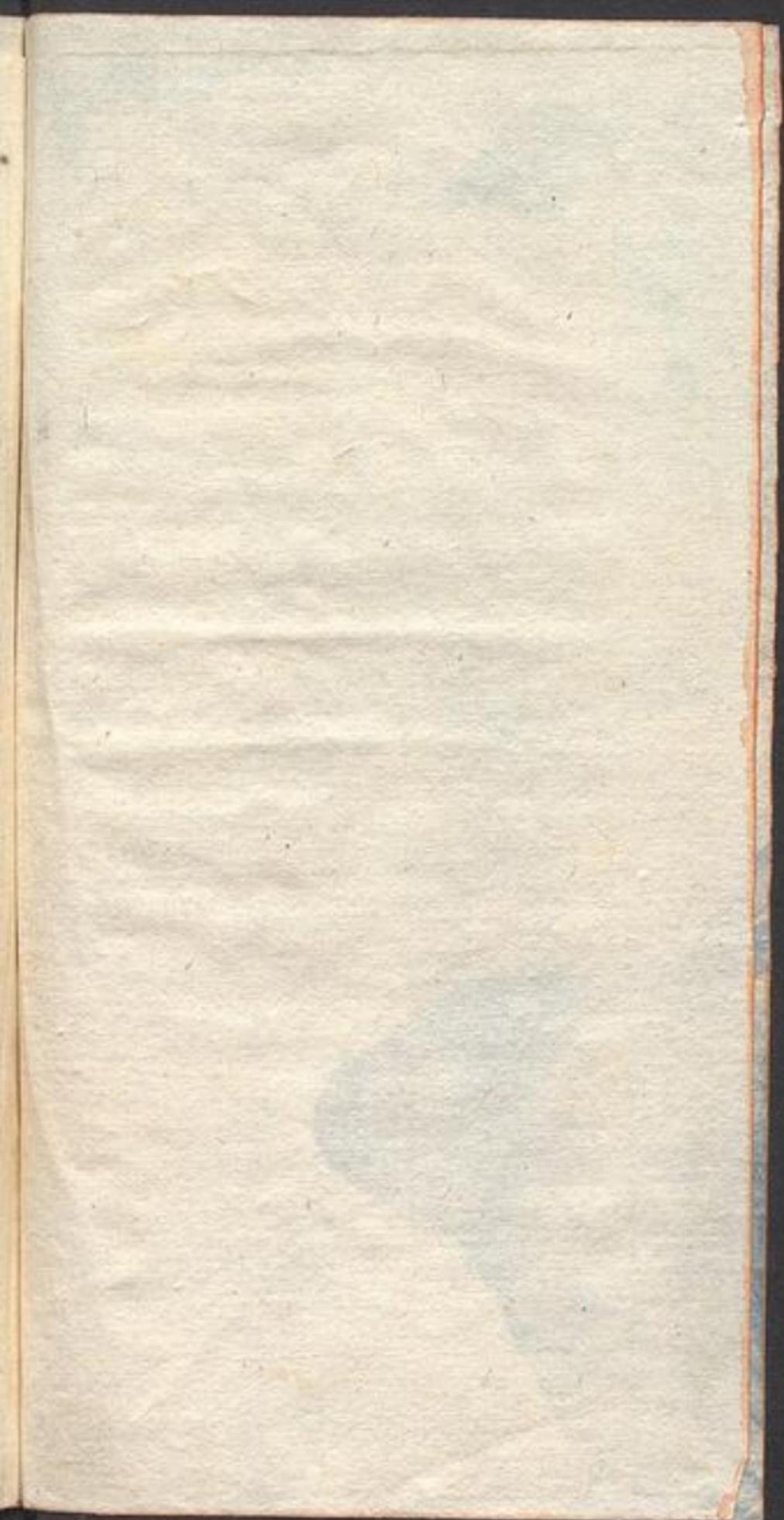
(b) *Guarian*, pueblo de la América septentrional, en la tierra-firme, al norte del rio de Caketa, hácia los confines del país de las Amazonas.

(c) Ciudad de la América
me-

meridional, en el Paraguai, sobre el rio de la plata; dista 30 leguas de la ciudad de Guaira, y casi 200 de Santa Cruz de la Sierra.

(d) Paraguai, que Herrera llama, rio de la plata, gran país de la América meridional, entre el Brasil, y el Perú, comprehende las provincias del Paraguai, Veraguai, Panamá, Guaira, y rio de la plata.

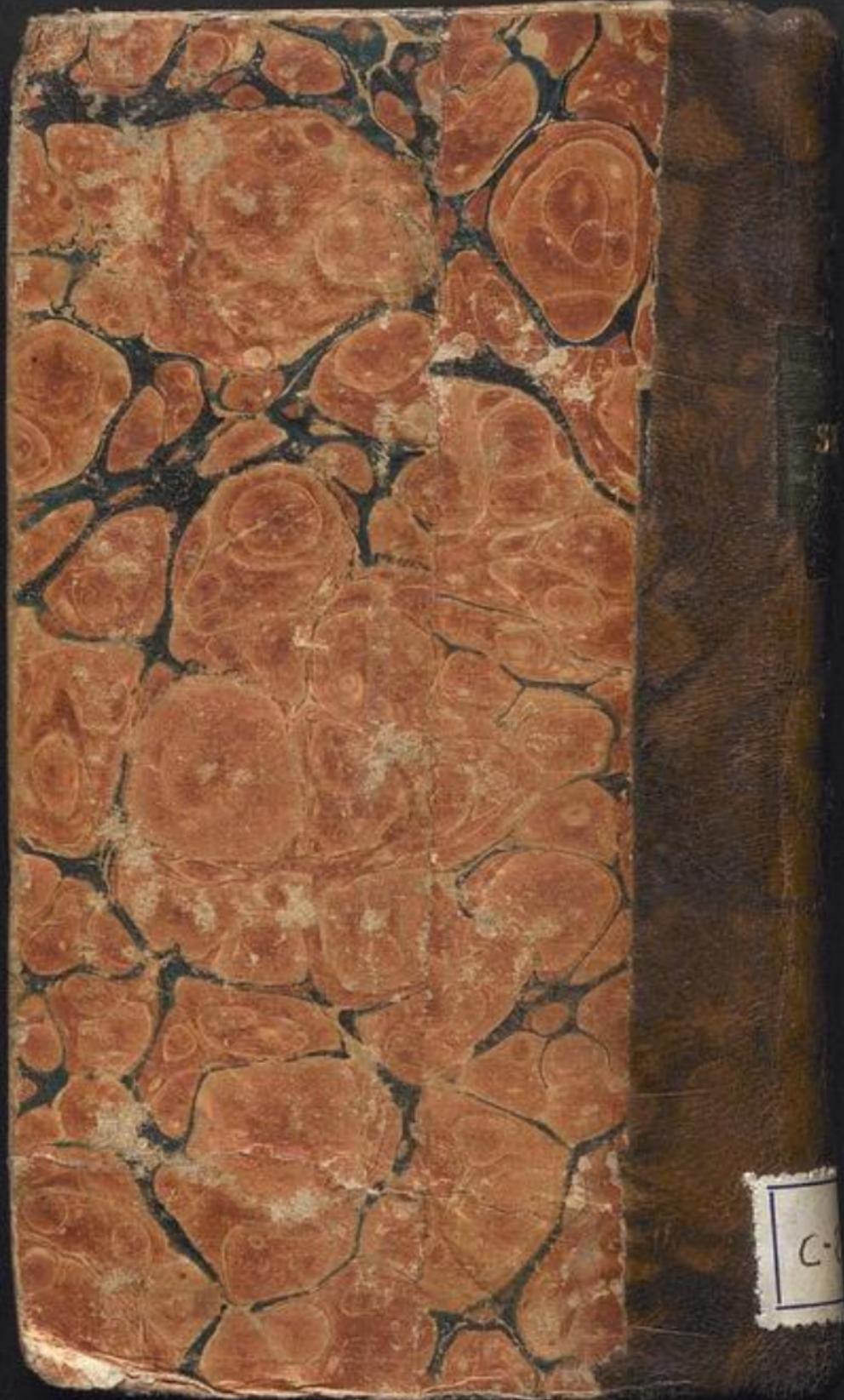












C-